

EL CABALLERO DE GRACIA

Personas que hablan en ella:

- El CABALLERO de GRACIA
- RICOTE, lacayo
- ISABELA, dama
- DECIO, criado
- LAMBERTO, caballero
- JULIO CATAÑO
- ESPERANZA, criada
- CAMILO, caballero
- SABINA, dama
- CONRADO, caballero
- GINÉS
- PAULO ADORNO, caballero
- El CARDENAL ESPINOSA
- Don CRISTÓBAL de MORA
- Don PEDRO, caballero
- FISBERTO, caballero
- La PRINCESA doña JUANA
- Don DIEGO, caballero
- Don JUAN
- El REY FELIPE II
- INÉS, criada
- ROBERTO
- Un ÁNGEL
- Un CAPITÁN
- Un CRIADO
- Un PAJE
- Un PINTOR
- MÚSICOS

JORNADA PRIMERA

*Sale el CABALLERO de GRACIA y LAMBERTO, su
cuñado*

LAMBERTO: Pues a mi cargo has quedado,
tu remedio está a mi cuenta,
y así quiero darte estado.

CABALLERO: Si tu amor honrarme intenta,
trueca el nombre de cuñado

en el de hermano apacible;
no fuerces mi inclinación,
mira que es cosa terrible,
sabiendo mi condición,
casarme.

LAMBERTO: Ya es imposible
deshacerse este concierto.

CABALLERO: ¿No ves que ya mi edad pasa
de los límites, Lamberto,
que piden bodas?

LAMBERTO: Tu casa,
como sin hijos han muerto
tus padres, reduce en ti
mi nobleza y sucesión.
Palabra a Jacobo di
de casarte, y no es razón
no cumplirla.

CABALLERO: Resistí
a mis padres tantos años
el peso del casamiento,
Argel de penas y engaños,
sirviéndome de escarmiento
sucesos propios y extraños
que ya en mis amigos veo,
ya entre mis parientes toco,
ya en varias historias leo,
¿y quieres volverme loco
violentando mi deseo?

LAMBERTO: Lo que no pudieron ellos
podrá hoy mi autoridad.

CABALLERO: Nunca enlaza amor dos cuellos
por fuerza, ni hay voluntad
que vaya por los cabellos.

LAMBERTO: En individuos tributo,
¿será bien que tú seas menos
que un roble tosco, que un bruto?
[...]

CABALLERO: Ya que tú casado estás
con Isabela, mi hermana,
el ser resucitarás
de nuestra casa.

LAMBERTO: ¡Qué vana
excusa a mis ruegos das!
No se estima por mujer
la línea que ilustra al hombre
y da al hijo todo el ser,
pues del padre toma el nombre
quien se quiere ennoblecer.
Deja de filosofar
y advierte que me encargó

que te obligase a casar
tu padre, cuando murió.
Y que a Sabina has de dar,
mi hermana, la mano y si,
pues de Ferrara ha venido
sólo a este efecto, o de aquí
has de irte.

CABALLERO: No es mal partido
el último para mí;
pues si es el conyugal peso
de los cuerdos tan rehusado
y a tantos priva del seso,
más vale estar desterrado
que no vivir siempre preso.
Mi natural es más quieto,
pues a la iglesia me inclino;
déjame, si eres discreto,
seguir aqúeste camino,
más seguro y más perfeto.

LAMBERTO: Sabina es noble y honesta,
y en fin, mi hermana, que basta;
a mi gusto está dispuesta;
la mujer ilustre y casta
ni es liviana ni es molesta.
De la tuya soy esposo,
si tú lo eres de la mía,
y a su dote caudaloso
juntas tu hacienda, sería
un parentesco dichoso
el nuestro, y no habrá poder
que en Módena nos iguale.
Esto, Jacobo, ha de ser.

CABALLERO: La hacienda, hermano, ¿qué vale
en manos de una mujer?
Gózala toda, y no intentes
cautivar mi voluntad
con tantos inconvenientes.

LAMBERTO: Cuando mires su beldad,
sus costumbres excelentes,
su discreción y valor,
aunque un mármol fueses frío,
te has de abrasar en su amor.
Jacobo, éste es gusto mío,
no provoques mi rigor,
en una quinta te espera,
hoy las vistas han de ser;
imita a la primavera
en galas, porque es mujer
de buen gusto, y no quisiera
que en ti hallase imperfección

que su amor desazonase.
Háblala con discreción
y finge, aunque no te abraze,
que eres de su sol Faetón;
no apartes los ojos de ella,
suspira de cuando en cuando,
tómala la mano bella.
Si estás con otros hablando,
hazla entender que, por ella,
ni en lo que dices estás
ni a propósito respondes,
y de esta suerte verás
qué presto en tu pecho escondes
el amor que huyendo vas
y que empiezas a adorar
lo que, por no conocer,
hasta aquí te dio pesar;
que esto de amar y comer
no está en más que en comenzar.
Voy a llamar quien te vista
de vistas, porque has de ir luego.

Vase LAMBERTO

CABALLERO: Mejor me fuera el ir ciego
que a tales vistas con vista.
Cielos, para que resista
tal violencia, dadme fuerza
antes que Lamberto tuerza
mi inclinación y la doble,
que no es la voluntad roble
que ha de dar fruto por fuerza.
Yo estoy contento, mi Dios,
con mi quieta soledad.
¡Aquí de Dios! Libertad,
¿por qué no volvéis por vos?
Mas diréisme que entre dos
conserva el Amor su estado,
que la soledad da enfado;
mas sólo da luz Apolo,
que más vale vivir solo
que no mal acompañado.

*Sale RICOTE con una fuente, capa y gorra con plumas,
y aderezo de espada dorada*

RICOTE: El novio recoleto
a vistas, Amor te llama;
gorra con plumas, la fama
te ofrece calza y colete.
Módena te espera toda
con la novia en una quinta
donde el abril mayos pinta;
goza del pan de la boda
que te amasa la belleza
de una mujer, que ahora es
miga toda, aunque después
se te ha de volver corteza.
Busca dientes de diamante,
porque las mujeres son,
por lo dulce, de turrón;
por lo duro, de Alicante,
y buen provecho te haga.

CABALLERO: ¡Ah, Ricote, que haya dado
en casarme mi cuñado!

RICOTE: El nombre te satisfaga
y haz lo que manda, no gruñ a,
que es cuñado con ventaja,
y en fe de serlo te encaja
su hermana en lugar de cuña.
Vístete si has de ir allá.

CABALLERO: Bien sabes tú cuán pesado
tiene de serme este estado.

RICOTE: Si un yugo por premiód a,
ya sospecho las molestias
de una mujer que es verdu go,
que nunca se pone el yugo
si no es para domar bestias.
Dierante a ti andar de día
de jubileo en sermón,
no dejar congregación,
no perdonar obra pía,
disminuyendo procesos,
consultando confesores,
reprehendiendo jugadores,
pagando deudas a presos,
y de noche en hospitales,
entre humildes ejercicios,
desopilando servicios
y bazucando orinales.
En oyendo el esquilón,
a pesar del lodo y vientos,
acompañar sacramentos,
dar a pobres tu ración.
Volver a casa desnudo
y rezando Ave Marías,

cenar dos lechugas frías
y un huevo entre asado y crudo.
Dormir sobre una tarima,
poco y mal, y cuando al alba
hacen los pájaros salva,
tener ya rezada prima.
Que en este entretenimiento,
que otros llamarán castigo,
no estimarás en un higo
el más rico casamiento.

CABALLERO: Eso, Ricote, apetezco,
y sin ello me hallo mal;
mi inclinación natural
es, poco en ello merezco;
pero, en fin, me dan mujer.

RICOTE: Casarte y tener paciencia,
que no es mala penitencia
si la acostumbras a hacer;
que, en fe de lo que aprovecha,
puedes hacer, si te casas,
cuenta, señor, que te pasas
a religión más estrecha.

CABALLERO: Más con eso me molestas.

RICOTE: Vístete si habemos de ir.

CABALLERO: ¿Cómo he de poder sufrir
tan terrible peso a cuestras?

RICOTE: Como quien lleva la cruz
del matrimonio, excelente;
tú serás el penitente
y yo el cofrade de luz.
Mas mira: si al fin te casas
y vivir seguro quieres,
haz cuenta que las mujeres
son castañas en las brasas
Regalallas y querellas
mas, si en fe de tus amores,
se te suben a mayores
porque no falten morderlas,
ni tanta mano les des
que vengan a ser cabeza,
ni muestres tanta aspereza
que las trates como a pies.
Si de estos extremos dos
quieres hallar el remedio,
la virtud consiste en medio,
que no sin misterio Dios,
cuando a la mujer ser da,
en fe de esta maravilla
la formó de una costilla
que en medio del cuerpo está.

Y con esto emplúmame,
pues ya te has puesto- las galas.
CABALLERO: ¡Ay plumas, servidme de alas,
y de una mujer huiré!
RICOTE: No me espanto que te pese,
que es carga de ganapán,
y si Dios se la dio a Adán
aguardó que se durmiese.

Salen SABINA, ISABELA y CAMILO

SABINA: ¡Bella quinta!
CAMILO: ¡Deleitosa!
En ella la primavera,
que en estas bodas espera
verte de Jacobo esposa,
también hace ostentación
de sus galas al Abril.
ISABELA: Mira en tazas de marfil
brindar la murmuración
de estas fuentes a la risa,
que cuando a la sed provocas
por ti se hace todas bocas.
CAMILO: Mientras murmura te avisa,
si no es que te reprehende,
del mal pago que a Conrado
con esta mudanza has dado.
SABINA: Mi hermano su amor ofende,
que a casarme me ha traído
y es fuerza el obedecerle
si por padre he de tenerle.
Sabe Dios que he resistido
su voluntad hasta aquí;
está mi dote a su cuenta.
¿Qué he de hacer?
ISABELA: Mi esposo intenta,
juntando tu hacienda así
con la de mi hermano, hacer
de todas cuatro una casa.
CAMILO: Cuando sepa lo que pasa,
Conrado ha de enloquecer
de pena y celos.
SABINA: No hay ya
quien de celos pierda el seso.
CAMILO: Que te adora te confieso.
SABINA: La ausencia le curará;
que en Ferrara hay medicina
y contrahierba de amor.
CAMILO: Aunque el médico mejor

es el tiempo, en fin, Sabina,
si es amor enfermedad,
mientras sus términos pasan,
¿qué ha de hacer cuando le abrasan
memorias de tu beldad?

SABINA: Si él supiera que venías
a más que a ver a tu hermano,
y que usurparle la mano
que suya juzgó querías,
a otro Ariosto diera copia
para escribir sus locuras.
Orlando hacerle procuras,
aunque en mí es la historia impropia,
que ni Angélica me llamo
ni le dejo por un moro,
pues ni es, Jacobo, Medoro,
ni con liviandad le amo.
A vistas vengo, ¿qué quieres?
Lícito es ver.

CAMILO: Es verdad;
mas tenéis la voluntad
en los ojos las mujeres.
No saldrás libre de aquí;
avisar quiero a Conrado,
aunque si él fuera avisado
no se apartara de ti;
porque es la mujer, en suma,
como el pájaro liviano,
que en abriéndole la mano
vuela, y si deja algo es pluma.

Vase

SABINA: En fin, Isabela hermosa,
¿tengo de ser tu cuñada?

ISABELA: Y aunque en el nombre pesada
en las obras amorosa.

SABINA: ¿Jacobo de Gracia es
discreto, cuerdo, apacible?
¿Es riguroso o terrible,
conversable o descortés?
Que habiendo de vivir tanto,
con él, justo es que me informe
si es a mi gusto conforme.

ISABELA: Mi hermano es, amiga, un santo.
No te pueden dar los cielos
más segura compañía;
no, temas, Sabina mía,
que te desvele con celos;

que jugándote tu dote
tus joyas empeñe o venda;
que desperdicie tu hacienda,
que tus deudos alborote,
porque no es de aqueste mundo,
y aunque a su simplicidad
dan nombre de necedad,
cortesanos en quien fundo
todo el caudal en engaños,
en las cosas de importancia
es cuerdo, aunque la ignorancia
hace burla de sus años.
Él, en fin, es importante
para ser de ti querido
y mejor para marido,
hermana, que para amante.

SABINA:

Con eso me has enfriado
el alma. ¡Jesús mil veces!
¿Marido santo me ofreces?
Simple, hermana, le has llamado.
Si he de creer a la fama
ya sé que, subiendo el precio,
apacible nombra al necio
y sencillo al bobo llama.
Él será, a lo que imagino,
algún junípero llano,
mentecato por lo humano,
devoto por lo divino.
Que andará desatinado,
y dirá que es por llaneza;
traerá baja la cabeza,
el cuello tuerto o bajado,
y dirá que es vanidad
lo que el uso galas llama.
Y si en muestras que me ama
saca a luz la voluntad,
que no será en todos días,
sino la Pascua de Flores,
en vez de decirme amores
me rezará Ave Marías.

ISABELA:

SABINA:

¡Buena vida me prometo!
¡Por ser compuesto ha perdido!
Compuesto para marido,
mejor es para soneto.
Quien no ha sido buen amante
mal buen marido será.
Amor, aunque atado está
al matrimonio constante,
no pierde su inclinación,
antes con él se aquilata.

Sabrosos regalos trata,
las galas su esfera son
con que alivia los enojos
que el enfado solicita,
ya su esposa necesita
a no apartar de él los ojos.
ISABELA: De tu condición me espanto.
SABINA: Viviré triste en extremo
si por marido le temo
y le respeto por santo.

*Sale el CABALLERO de GRACIA, muy galán,
RICOTE, LAMBERTO y ESPERANZA*

LAMBERTO: Por mostraros, mi Sabina,
que en todo soy vuestro hermano,
un esposo de mi mano
daros mi amor determina.
Que si en el vuestro se abrasa
y os recibe por mujer,
vendremos los dos a hacer
una hacienda y una casa.
Estimadle, que yo espero,
si el sí y la mano le dais,
que por él no maldigáis
Jamás al casamentero.
Turbada estaréis, ¿quién duda,
que, como hoy las vistas son,
en la novia es discreción
de turbarse y el ser muda?
Si no os ciega beldad tanta
el ser cortés os inclina.

Al CABALLERO

CABALLERO: Hablad, Jacobo, a Sabina.
Dios, señora, os haga santa.
SABINA: ¿Por santidades comienza?
RICOTE: Devota salutación
para entrada de un sermón.
LAMBERTO: El novio tiene vergüenza,
su turbación perdonad;
que el más discreto, cuando ama,
la primer vez que a su dama,
ve, dice una necedad.
RICOTE: ¿Una? El dirá más de ciento.
CABALLERO: ¿Por necedad juzgáis vos
el rogar, hermano, a Dios,

que le haga santa?
 LAMBERTO: El intento
 es bueno, pero no viene
 a propósito.
 CABALLERO: Confuso
 estoy.
 LAMBERTO: El amor y el uso
 su idioma y estilo tiene.
 CABALLERO: Pues ¿qué había de decilla
 a fuer de los cortesanos?
 LAMBERTO: "Bésoos, señora, las manos,"
 y luego arrastrar la silla
 y preguntar, "¿cómo estáis?"
 que es el común abecé.
 CABALLERO: "Bésoos las manos?" ¿por qué?
 Necedad en mí llamáis
 el decir que la haga santa
 Dios, ¿y en el mundo no veis
 [...]

si su mal uso os espanta?
 Estornuda un caballero,
 y los que le corresponden,
 "bésoos las manos," responden,
 en pie, quitado el sombrero.
 Y los que Dios os ayude
 dicen, ¿no son cortesanos,
 en fin, que besan las manos
 al otro porque estornude?
 Miren qué merced les hace:
 traen luces cuando anochece,
 y descortés les parece
 el cuerdo que satisface
 con decir que Dios les dé
 buenas noches; solamente
 al besamanos consiente
 el uso necio, ¿por qué,
 si tú la luz no has criado,
 besarte es bien que permitas
 las manos y a Dios le quitas
 las gracias, que te ha alumbrado?

LAMBERTO: Calla, y la costumbre admite,
 que esto se usa en nuestro idioma.
 CABALLERO: Y será ley de Mahoma,
 que disputas no permite.
 Yo no nací para esto;
 sácame, hermano, de aquí,
 y cásele otro por mí.
 LAMBERTO: Jacobo, no seas molesto;
 ya has venido, no es razón,
 si cortesano te llamas,

que quedes entre las damas
en mala reputación.
No desdice el ser cortés
de la virtud que te inclina;
siéntate junto a Sabina;
dile amoroso después
la buena suerte y ventura
que se te sigue de vella,
que estás perdido por ella,
que al sol vence su hermosura,
que su discreción te admira.

CABALLERO:

¿Eso he de decille?

LAMBERTO:

Pues.

CABALLERO:

Tú debes de ignorar que es
pecado el decir mentira.

LAMBERTO:

Eso es encarecimiento
que usa el amor de ordinario.

CABALLERO:

Afirmando lo contrario
de lo que imagino, miento.
Si yo por mujer la tengo,
¿por qué sol la he de llamar,
ni cómo podré afirmar
que a verla perdido vengo,
si no es porque el tiempo pierdo
de que a Dios he de dar cuenta?
Mentir un noble es afrenta;
téngame por necio o cuerdo,
cáusela gusto o enfado,
mal o bien conmigo esté,
porque yo no mentiré
por cuanto Dios ha criado.

LAMBERTO:

Anda, hipócrita, que están
por ti en pie, siéntate allí;
lo que te enseñó la di;
sé cortesano y galán,
que ¡vive Dios! si en desprecio
de lo que mando que digas
con amores no la obligas
y te confirma por necio,
que sí hará, porque es discreta,
que en Módena no has de estar
un hora, ni has de gozar
tu herencia.

CABALLERO:

Poco me inquieta
la codicia de mi hacienda;
pero voy por no enojarte.

ISABELA:

Si basta, hermana, a obligarte
mi amistad, aunque te ofenda
el poco curso que tiene
mi hermano en cosa de amores,

házmele muchos favores;
enamórale, pues viene
a domesticarse un bruto
con la costumbre suave,
que, si lo que es amor sabe,
tú verás, Sabina, el fruto
que sacas de ser su esposa,
y la vida que gozamos
si juntas las dos estamos.

SABINA: Por darte, Isabel hermosa,
gusto, y agradar a mi hermano,
lo que mandas quiero hacer;
el galán tengo de ser
esta vez, por lo que gano
de estar en tu compañía.
Toma esta silla, señor.

RICOTE: Albarda fuera mejor.

SABINA: Asentaos, por vida mía.

CABALLERO: No haré cierto, yo estoy bien,
sentaos, mi señora, vos.
(Sacadme de esto, mi Dios.)
Sentaos, Lamberto, aquí.

LAMBERTO: Bien.

No soy yo el que a vistas vengo,
aquése es vuestro lugar
y éste el mío, porque hablar
un poco a mi esposa tengo.

SABINA: Por mi vida, que os sentéis.

CABALLERO: Dos veces habéis jurado.
¡Jesús! Yo ya estoy sentado
a truco que no juréis.

Siéntase

Y si se hace el casamiento,
quíeroos, señora, avisar
que nunca habéis de jurar,
porque es contra el mandamiento
segundo.

SABINA: (¡Pobre de mi!
¿Esto escucho y no me muero?)
En muestra de lo que os quiero
yo juro cumplirlo ansí.

CABALLERO: Pues no juréis otra vez.

SABINA: (¡Qué necio y qué escrupuloso!
Libertad, con tal esposo
ya desearéis mi viudez.)

Hablan aparte ESPERANZA y RICOTE

ESPERANZA: Y él, ¿cómo ha callado tanto?
RICOTE: No sé por dónde empezar contigo, Esperanza, a hablar.
ESPERANZA: Pues qué, ¿da también en santo?
RICOTE: No; mas un poeta amigo, que en la corte de Castilla es águila y maravilla, hablando una vez conmigo, me dijo, viendo el ensayo de una comedia famosa, "Ya, hermano, es cansada cosa que entre fregona y lacayo siempre empiecen su papel con esto. ¿Y él no habla nada? ¿Y ella es soltera o casada? Porque esto de y ella y él era sagrado y chorrillo de toda plebeya masa, y y a en la corte no pasa lacayo con estribillo, y temo, si así le trato y allá me ven algún día, la grita y silbatería."
ESPERANZA: Líbrenos Dios de un silbato.

Hablan aparte LAMBERTO e ISABELA

LAMBERTO: ¡Que se haya un hombre criado en mitad de Italia, que es madre del trato cortés, y que liciones ha dado a mil bárbaras naciones que su imperio han adquirido, y en más estima han tenido que sus ricas posesiones la urbanidad y crianza que de su trato sacaron y a sus patrias trasladaron con que el ser de hombres se alcanza, y que este bruto, Isabela, criado en la policia de vuestra casa y caricia, y en Módena, que es escuela del estilo y discreción, hablar con una mujer no sepa!

ISABELA: Si es menester

trato y comunicación
para cualquier arte y ciencia,
y aunque en el siglo ha vivido
Jacobo, nunca ha tenido
de sus cosas experiencia.
La cortedad no os espante;
tratadle en cosas de Dios,
y veréis que quedáis vos
torpe con él e ignorante.
Cásese él, que esos extremos
el tiempo los vencerá.

- LAMBERTO: Hablando con él está,
lo que le dice escuchemos.
- SABINA: En fin, ¿no me decís nada?
- CABALLERO: Nada os digo, pues que callo;
yo os prometo que no hallo
cosa, señora cuñada,
que deciros de momento.
- SABINA: Créolo, que amor desnudo
a los principios es mudo,
y el propio efeto en mí siento,
que estoy muy enamorada,
señor Jacobo, de vos.
- CABALLERO: Más vale starlo de Dios,
que yo no os importo nada.
- SABINA: Amaros para marido
no es con intento liviano.
Dadme, Jacobo, esa mano.
- CABALLERO: ¡Jesús! ¿la mano?
- SABINA: Enco gido
sois, dadle acá.
- CABALLERO: No hay que hablar,
o estas son vistas o no.
- SABINA: Sólo a veros vengo yo.
- CABALLERO: Pues ver, pero no tocar.
- SABINA: Mal debo de pareceros.
- CABALLERO: No me parecéis muy bien.
- SABINA: Grosero sois.
- CABALLERO: Hago bien.
- SABINA: Criado entre caballeros
poco su trato se os luce.

Levántanse

¡Quitaos allá, descortés!
Si con vos el interés
que toda Italia produce
me dieran, no os estimara
para calzarme el chapín.

Tosco. ¡Miren a qué fin
me trajeron de Ferrara!
Cuando a vuestro cargo esté,
Lamberto, el darme marido,
porque vuestra hermana he sido
(que desde hoy no lo seré)
haced de mí más caudal
que el que aquí os he visto hacer;
el matrimonio ha de ser
en los consortes igual
cuando no se menosprecia,
y quien a un necio me da
por marido, claro está
que me ha tenido por necia;
y eso en mí es injuria al doble,
sabiendo quién es Sabina.
Buscad, Lamberto, una encina
con quien casar este roble,
y hacedle antes desbastar,
que se está con su corteza
y no podrá la riqueza
sobre ella un tronco dorar.
Que, puesto que vine en vano,
casarme a mi gusto espero,
pues para casamentero
tenéis tan pesada mano.

Vase

ISABELA: Enojada, y con razón,
va Sabina, hermana mía.
¡Qué necio es el que porfía
forzar una inclinación!

Vase

LAMBERTO: Si hallara capacidad
en ti para reprehenderte,
castigárate de suerte
que de tu rusticidad
quedaras arrepentido;
pero no lo sentirás,
porque tan bozal estás
que te falta hasta el sentido.
Pero a las obras remito
lo que excuso de razones,
si más en Módena pones
los pies, si de este distrito

no te vas, ¡viven los cielos!
que como loco he de hacer
que te salgan a correr
los muchachos. Pagarélos
para que en calles y plazas
te persigan. Comunica,
rústicos, en quien si aplica
el vil natural que abrazas.
Por la caperuzza trueca
las plumas, galas del noble;
hiera con el hacha el roble,
derriba su leña seca,
y vendiéndola, sustenta
tu bárbara vida, ansí,
porque, si vuelves aquí
en tu daño y en mi afrenta,
yo vengaré el menosprecio
que hoy con mi hermana has tenido
con el castigo debido
que se suele dar a un necio.

Vase

ESPERANZA: Ricote, adiós.

RICOTE: Esperanza,
¿es amarme el irte ansí?

ESPERANZA: Ya no la tengas de mí,
pues por aquí va la danza;
participas de tu amo
la poca dicha, perdona.
La maza va con la mona,
necio es el necio y el amo.
Mientras con él estuvieres
necias serán tus demandas
que, en fin, dime con quién andas...

RICOTE: Vaya.

ESPERANZA: Y diréte quién eres.

Vase

RICOTE: ¡Buenos habemos quedado!
¿Qué habemos de hacer, señor?

CABALLERO: Libróse del cazador
el pájaro, el sentenciado
del riguroso verdu go,
del naufragio el marinero,
del lobo el manso cordero,
la libre cerviz del yugo,

del pirata el mercader,
y aún mayor mi dicha ha sido
pues que librarme he podido,
Ricote, de una mujer.
¡Oh, qué peso me han quitado
de encima del corazón!
Dicen que en cierta nación
era por rey adorado
aquel que a cuestras tenía
la cosa de mayor peso,
saliendo con el suceso
quien más tiempo le sufría.
Una vez se convocó
al pueblo a elegir cabeza,
y hubo quien tal fortaleza
entre los demás mostró,
que un enano, entero tuvo
día y medio, sin que hubiese
quien competir se atreviese
con él; y al tiempo que estuvo
casi el reino en su poder
y el pueblo le engrandecía,
salió otro que traía
a cuestras a su mujer,
y la gente convocada
en su favor sentenció,
que con la mujer no halló
otra cosa más pesada.
Mas si toca Dios de un hueso,
¿dónde piensas ir?

CABALLERO: No sé.

RICOTE: Con capa y gorra y a pie,
¿qué dirán de nuestro seso?
Si tomas mi parecer,
vuélvete, señor, a casa,
que todo enojo se pasa.

CABALLERO: Casa que huele a mujer
no me la mientes, Ricote.

RICOTE: Casarte han querido en ella,
mas dan dineros con ella,
que no hay esposa sin dote.
Sólo a quien casarse atreve
dineros y hacienda dan,
que es pagar al ganapán
la carga, por que la lleve.

CABALLERO: Deudos en Bolonia tengo,
a estudiar y a conocellos
iré.

RICOTE: ¿Deudos? ¡Fuego en ellos!
Mal los conoces; no ven go

en eso, aunque seguir quiero
tu buena o mala fortuna.
CABALLERO: Este traje me importuna.
RICOTE: Una capa y un sombrero
tengo allí, con ella irás
mejor, si hemos de ir a pie;
ven por ella.
CABALLERO: ¡Que hoy libré!
Voluntad, ya os tengo en más;
que, aunque en tan terrible trance
me habéis costado mi hacienda,
bien podré, preciosa prenda,
decir que os compré de lance.

*Salen LAMBERTO, CONRADO, ISABELA y
SABINA*

LAMBERTO: Yo solo en vuestros celos soy culpado;
como Jacobo corre por mi cuenta,
su hacienda trajo, y siendo su cuñado,
por mi industria y gobierno se acrecienta.
Parecióme, poniéndole en estado
y dándole a Sabina, que su renta
junta a la mía, la aumentara doble,
y una casa fundara rica y noble.
Ni Jacobo ha tenido entendimiento
para estimar la dicha de este día,
ni yo noticia del honesto intento
que os ha obligado a honrar la san gre mía.
Mi hermana, con el mismo pensamiento,
a mis consejos resistencia hacía,
y aunque su honestidad cuerda callaba,
sus ojos me decían que os amaba.
Yo alabo su elección, y que os escoja
por dueño suyo, sosegaos con esto.
CONRADO: Si por esto Amor, por ser niño, se enoja,
también, Lambertó; se apacigua presto.
Sacóme de Ferrara la congoja
furiosa de los celos que me han puesto
en términos de hacer un desatino;
mas tras la tempestad el iris vino.
Yo os perdono mi agravio.
SABINA: Y yo os adoro
con más estima agora que primero,
que poco precia, mi Conrado, el oro
quien no conoce el hierro y el acero.
Quien nunca empobreció no ama el tesoro,
más ejemplos aplicarme quiero,
que si los ojos hoy en otro he puesto,

más claro sale el sol junto a su opuesto.
CONRADO: En fin, ¿Jacobo me hizo competencia?
ISABELA: Pluguiera a Dios que fuera para tanto.
CONRADO: Yo, a lo menos envidio su inocencia.
LAMBERTO: Que es un bruto.
CONRADO: Mejor diréis un santo
¿Qué es de él?
LAMBERTO: ¿Había de venir en mi presencia?
De Módena le eché.
CONRADO: De vos me espanto.
LAMBERTO: Hágase hombre, si en su esfera cabe;
sepa del mundo, que harto de Dios sabe.
No me ha de entrar en casa en todo este año.
CONRADO: Pues sabed que acusaros he venido
de un huésped que os tendréis, si no me engañó,
de no poco valor. Hoy ha partido
veinte millas de aquí Julio Cataño,
estimado en Italia y conocido
en Roma por sus letras, sangre y celo;
su tío es Cardenal de San Marcelo,
Juan Cataño.
LAMBERTO: Éste es en quien ha puesto
la silla de San Pedro su esperanza.
Si muere Sixto quinto es manifiesto
que le ha de suceder.
CONRADO: En su privanza
presumo entrar, porque ha vacado un puesto
que, si mi dicha y el favor le alcanza
y con Sabina desposado quedo,
enriquecer vuestros parientes puedo.
Fáltale el secretario, y como supe
que a Roma se partía, convidarle
con esta quinta quise.
LAMBERTO: Desocupe
su espacio nuestro amor para hospedarle.
CONRADO: Primero que otro aquesta plaza ocupe,
si os parece, Lamberto, pienso hablarle
esta noche.
LAMBERTO: Haréis bien, que la tardanza,
como el provecho vuela, no le alcanza.
¿Vas, Isabela, a prevenir la cena?
ISABELA: Pavos hay y capones.
LAMBERTO: Esta sala
cuelguen de telas, que es capaz y buena.
CONRADO: En esta quinta no hay ninguna mala.
LAMBERTO: Maten vitelas.
CONRADO: En la casa llena
fácilmente se sirve y se regala
a un príncipe, aunque venga de repente.

LAMBERTO: Camas ahí prevenid para la gente.

Vase ISABELA. Sale RICOTE, después un CRIADO

RICOTE: Lamberto, caballeros, dad ayuda a Jacobo de Gracia, que, salteado de bandoleros, morirá sin duda, no siendo de vosotros ayudado; su bárbara codicia le desnuda y a un roble tosco de ese monte atado los dineros le piden que no tiene; huyendo mi temor la muerte viene. ¿Qué aguardáis? Cerca está, si tardáis tanto, dadle por muerto. Vamos, caballeros.

LAMBERTO: O es hipócrita Jacobo o es santo. Si es santo, ¿de qué teme bandoleros? Dios volverá por él, causando espanto a ese escuadrón de salteadores fieros; si es hipócrita, pague con la vida lo que merece su virtud fingida.

CRIADO: Monseñor está en casa.

LAMBERTO: Pues salgamos a recibirle.

RICOTE: ¡Que obligar no puede vuestra crueldad!

CONRADO: A socorrerle vamos.

LAMBERTO: Dios le socorrerá, no ten gáis miedo.

SABINA: Más razón es que a Julio recibamos.

LAMBERTO: (Ojalá le matasen, pues heredo por mi mujer su hacienda.)

RICOTE: (¡Al fin, cuñado!)

SABINA: (De su desprecio el cielo me ha vengado.)

Vanse si no es RICOTE

RICOTE: Miren qué hay que esperar de aquesta gente. ¡Maldiga Dios quien en cuñados fía, viles madrastras cree, suegras consiente; que estos tres hacen una cofradía!

Sale el CABALLERO de Gracia, desnudo

CABALLERO: Ricote: ¿estás ahí?

RICOTE: Señor.

CABALLERO: Detente y no des voces, que excusar querría

las injurias y enojo de Lamberto,
que, si me ve cual vengo, será cierto.

RICOTE: ¿Que, en fin, te desnudaron?

CABALLERO: Harto ha sido dejarme vivo; ser piedad confieso.

RICOTE: ¿Piedad cuando te quitan el vestido?

CABALLERO: ¿Qué quieres? ¿no ves tú que viven de eso?

RICOTE: Discúlpalos también.

CABALLERO: Agradecido a quien le libra debe ser el preso.

RICOTE: Donosa flema; no has de ser tan bueno que te dejes echarla silla y freno.

CABALLERO: Dame esa capa, cúbreme y avisa a mi hermana, si puedes, en secreto de mi desgracia.

RICOTE: Si está en camisa Lamberto, mala noche te prometo.

CABALLERO: Haz tú que no lo sepa y vuelve aprisa, mientras aquí me escondo.

RICOTE: Eres discreto, que en viéndote Sabin a repudiada, fiestas les ha de hacer tu encamisada.

Vase. Salen JULIO del cobertizo del camino, LAMBERTO y CONRADO, y velos

JULIO: Bien sabéis obligar, señor Lamberto al hospedaje quedo agradecido.

LAMBERTO: No ha un hora, Monseñor, que estaba incierto de esta dicha, que hubiera prevenido con la casa que ofrece este desierto, y regalos de Módena, el debido hospicio que se os debe y era justo.

JULIO: Lo que no se previene da más gusto. ¡Agradable jardín! Yo no he rezado algunas horas. Mientras se adereza la cena quiero echar este cuidado aparte.

LAMBERTO: ¿No le habláis?

CONRADO: ¿Cómo, si reza?

JULIO: Déjenme solo.

CRIADO: Todo está aprestado.

CONRADO: ¿Adónde ha de dormir?

LAMBERTO: En esta pieza.

CONRADO: (Si me acomoda Julio con su tío y sale Papa, enriquecer confío.)

Vanse. JULIO empieza a rezar santiguándose, y responde el CABALLERO de Gracia desde donde está escondido

JULIO: *Deus in adjutorium meum intende.*
CABALLERO: *Domine ad adjuvandum me festina.*
JULIO: ¿Quién respondió? ¿qué es esto?
CABALLERO: (¿Qué pretende
cielos, mi natural que a esto me inclina?
Sin querer respondí; mas, si se ofende
y hacerme dar castigo determina,
viéndome así, ¿con qué disculpa intento
disminuir mi necio atrevimiento?)

JULIO: ¿Quién es el que está escondido
tras esta murta?
CABALLERO: (¿En qué dudo?)
Un hombre, señor, desnudo
del ingenio y del vestido.
No mirando lo que hacía,
cuando comenzó a rezar
respondí, sin reparar
que era vuestra señoría
el que estaba aquí, llevado
de un natural, que me obliga
que cosas devotas siga.

JULIO: ¿Cómo estáis así?
CABALLERO: Un cuñado,
que sabe mirar mejor
por mi bien que yo estimalle,
es causa que de este talle
me esconda de su rigor.

JULIO: ¿Quién es ése?
CABALLERO: Es Lamberto.

JULIO: ¿Y él os hizo desnudar?
CABALLERO: Quísome, señor, casar,
que es peor; soy poco experto
en materia de querer,
trájome a vistas aquí,
no se contentó de mí
la buena de la mujer;
riñó Lamberto conmigo,
de casa me desterró
y el cielo, que conoció
cuán digno soy de castigo,
me entregó a unos bandoleros,
a quien quedo agradecido,
pues, quitándome el vestido
y unos pocos de dineros,
me dejaron con la vida.

Volvíme aquí despojado,
y entretanto que un criado
envío para que pida
otro vestido a mi hermana,
aquí me quise ocultar
de Lamberto y excusar
de su cólera inhumana
el enojo y la pasión.
Salió vuestra señoría,
y cuando rezar quería,
llevóme mi inclinación
tras sí, y aunque sea verdad,
que no es fuerte esta disculpa,
perdóneme, que no hay culpa
donde falta voluntad.

JULIO: Yo os la he cobrado notable.
(¡Qué apacible sencillez!)
No hagáis temor que esta vez
Lamberto enojado os hable;
remediar esta desgracia
quiero.

CABALLERO: Del cielo tengáis
el premio.

JULIO: ¿Cómo os llamáis?

CABALLERO: Señor, Jacobo de Gracia.

JULIO: ¿Noble sois?

CABALLERO: Bueno quisiera
saber ser, que es de estimarse,
que sólo el saber salvarse
es nobleza verdadera.

JULIO: Tal sea mi vida. ¿Habéis
estudiado?

CABALLERO: Señor, sí;
artes en Bolonia oí.

JULIO: Bueno, y ¿qué pluma tenéis?

CABALLERO: Razonable, aunque alabada
de algunos que bien me quieren,
que siempre amigos prefieren
lo que vale poco o nada.

JULIO: Huélgo me de saber eso.
¿Gustaréis de estar conmigo?

CABALLERO: Yo, Monseñor, soy amigo
de hablar verdades. Confieso
lo bien que me puede estar
el serviros y estimaros;
pero no sabré adularos,
porque ni sé lisonjear,
ni dejaré reprehender
lo que mal me pareciere
por cuanto tesoro adquiere

todo el humano poder.
Querránme mal los criados,
que mi buen ánimo ignoran,
porque en palacio desdoran
a quien no dora pecados,
y quien vicios no consiente
mal con señores lo pasa.
JULIO: Este servicio a mi casa
le faltaba solamente,
y vos le habéis de ocupar.
Reprehéndeme a mí el primero,
que eso busco y eso quiero.
Un hombre deseo hallar
que las verdades me diga.
¡Hola!

Sale DECIO

DECIO: Monseñor.
JULIO: Vestid
este hombre; un baúl abrid.
Escuchad.
CABALLERO: (¡Que me persiga
la inquietud de esta manera!
Libréme de ser casado
y del palacio el cuidado,
agora, cielos, me altera.
¿Qué he de hacer si Dios lo quiere?
Él me tenga de su mano.)

Háblale JULIO al oído de DECIO

JULIO: Un vestido de mi hermano
le dad, y cuando estuviere
en el traje que es decente,
me avisaréis.
CABALLERO: (¿En efeto
he de servir?)
JULIO: En secreto
le tendréis, que es conveniente
por agora.
DECIO: Harélo así.
JULIO: Idos con ese criado,
secretario.
CABALLERO: (Buen cuidado
llevo. ¿Secretario a mí?
¿Qué pretendéis, vanidades?)
JULIO: Andad, que si sois discreto,

yo os confiaré mi secreto,
y vos me diréis verdades.

Vanse. Sale ISABELA

ISABELA: Bien puede vueseñoría
cenar, si ha rezado y a.
JULIO: Quien en vuestra casa está,
señora, excusar podía
el camino, que ya siento,
pues, según me han regalado,
por no ir mal enseñado,
en ella quedar me intento.

Salen CONRADO y LAMBERTO

ISABELA: Pluguiera a Dios, monseñor,
que, como lo encarecéis,
os sirviéramos.
CONRADO: ¿Queréis
que, por no darle favor,
muera Jacobo en desprecio
de quien sois?
LAMBERTO: Impertinente
estáis. ¿Quién hay tan valiente
que pueda matar a un necio?
JULIO: ¿Es hora y a de cenar?
LAMBERTO: Presto lo poco se guisa.
JULIO: La jornada me da prisa;
yo suelo siempre pagar
la posada adelantado,
y así quisiera hacerlo hoy.
A Roma, cual sabéis, voy,
no poco de ésta obligado,
como tengáis en su corte
los dos pleito o pretensión
y en ella mi intercesión
alguna cosa os importe,
contento haré la jornada,
y si no, saldré corrido
cual huésped que no ha tenido
con qué pagar la posada.
CONRADO: Buena ocasión se me ofrece,
que le habléis por mí me importa.
LAMBERTO: Aunque siendo ésta tan corta
tanta merced no merece,
quien pretende de ordinario
no pierde tiempo o favor.

Conrado sabe, señor,
que buscáis un secretario,
y porque para este oficio
sé lo que es bien que presuma
de su ingenio y de su pluma,
estando en vuestro servicio
quedaremos él y yo
obligados. Determina
ser de mi hermana Sabina
esposo, y no se atrevió,
si no es por mí, a suplicaros
que esta merced nos hagáis.
JULIO: Tarde, Conrado, llegáis;
no puedo en eso ocuparos,
pero mejoraros si
con dueño más principal.
De mi tío el Cardenal
de San Marcelo entendí
que desea acrecentar
su casa. Ya sabéis que es
en nobleza ginovés
y en opinión singular,
y que le han pronosticado
que a Sixto ha de suceder;
pues le voy agora a ver,
yo haré de suerte, Conrado,
que su secretario os haga,
y a Lamberto, camarero,
que así el hospedaje quiero
satisfacer.

LAMBERTO: Si así paga,
monseñor, vueseñoría
de dos horas el hospicio,
¿qué espera el que en su servicio
su aumento y vida confía?

JULIO: Al secretario llamado,
Decio.

DECIO: Voy, señor, por él.

Vase

JULIO: Negociad los dos con él
y una memoria le dad
para que me acuerde en Roma
lo que los dos pretendéis,
que presto lo alcanzaréis
si él a su cargo lo toma.

Sale RICOTE; después el CABALLERO de GRACIA

con otro vestido

RICOTE: [...]
Tras mi desnudo escondido
ando, y se ha desaparecido.
Mas ¿Monseñor está aquí?
CABALLERO: ¿Qué manda vuesañoría?
LAMBERTO: ¿Qué es lo que vemos, Conrado?
CONRADO: Jacobo es, vuestro cuñado.
LAMBERTO: ¡Mi cuñado!
CONRADO: No desvaría
la vista que en él me pinta
su imagen.
LAMBERTO: Bueno por Dios:
locos estamos los dos.
No ha un hora que de la quinta
le eché, y avisannos luego
que le roban salteadores,
¿y había de ser él?
CONRADO: Favores
son de su virtud, no niego
lo que decís; mas tampoco
lo que veo oso negar.
RICOTE: Mi amo es éste a pesar
de bellacos, o estoy loco.
JULIO: Jacobo de Gracia, ved
lo que Lamberto y Conrado
os dicen.
CONRADO: ¿Véoslo?
LAMBERTO: Encantado
estoy.
JULIO: Y cuenta tened
de avisármelo después.
LAMBERTO: ¿Qué es esto? ¡Fortuna escasa!
JULIO: Aunque mal tendrá en su casa
el cardenal a quien es
en la suya tan avaro,
que a vos de ella echaros pudo,
y cuando volvéis desnudo
no le osáis pedir amparo.
Los dos vuestra pretensión
le referid, si os agrada,
porque no saldréis con nada
si no es por su intercesión,
que me he inclinado a quererle,
al paso que vos, Lamberto,
le aborrecéis, y estad cierto
que en agradarle y creerle
consiste el favor y gracia

que buscáis, y no la espere
en mí a quien no se la hiciere
el Caballero de Gracia.

Vase

CABALLERO: No estéis, hermano y señor,
de verme, triste y confuso.
Dios estas cosas dispuso,
tercero y intercesor.
Con monseñor diligente
prometo ser, sin venderos
embelecos por dineros,
mohatras del pretendiente;
pues, contra las vanidades
con que la mentira vive,
hoy monseñor me recibe
para decir las verdades,
y porque a cenar se asienta,
los brazos, hermano, os pido.
Vamos.

LAMBERTO: De puro corrido...

CABALLERO: Callad, no hagáis de eso cuenta.
Dichosa fue mi desgracia;
gracias a Dios puedo dar.

RICOTE: Y desde hoy te has de llamar
el Caballero de Gracia.

JORNADA SEGUNDA

*Salen don CRISTÓBAL de MORA, del hábito
de Cristo, el CABALLERO de GRACIA y otros*

CRISTÓBAL: Las cartas que de favor
la princesa ha recibido
del cardenal monseñor;
las ha su alteza leído
con muchas muestras de amor;
y las reliquias que aplica
para el monasterio real
que a las Descalzas fabrica
agradece al cardenal,

y por ellas significa
el favor que desea hacer
a vuesa merced.

CABALLERO: En eso
muestra la princesa ser
hija de quien tuvo en peso
la Iglesia, que iba a caer
por la impiedad luterana
que enfrenó en tiempo sucinto
contra la furia alemana.

CRISTÓBAL: Heredó de Carlos quinto
la princesa doña Juana
su cristiandad y valor,
y de Felipe segundo,
su hermano y nuestro señor,
el celo con que en el mundo
es de la fe defensor.
Hame mandado su alteza
que por extenso me informe
de su persona y nobleza,
porque con ella conforme
cuerdamente la largueza
con que merced le ha de hacer
mientras en Madrid asista.

CABALLERO: Aunque es arrogancia el ser
de si mismo coronista,
fuerza es el obedecer.
Módena, ciudad ilustre
estimada en Lombardia
por una de las mejores
que honran aquella provincia,
desde inmemorables tiempos
dio solar y casa antigua
al apellido de Gracia,
blasón de nuestra familia.
Cuento noblezas del mundo
por dar a vueseñoría
verdadera relación,
puesto que de más estima
es la virtud que la sangre.

CRISTÓBAL: Una y otra califican,
y cuando las dos se hermanan
el valor immortalizan.

CABALLERO: Diome a Jacobo de Gracia
por padre el cielo y mi dicha,
de aquella ciudad espejo,
y por madre a Margarita,
noble y célebre matrona,
apacible, recogida,
ni en el gobierno severa,

ni en el castigo remisa.
En fin, casi con las partes
que en la mujer fuerte pinta
Salomón en sus Proverbios,
si es de esta hipérbole digna.
Diome también un a hermana
a su virtud parecida,
de su valor heredera
y, en fin, de tal madre hija.
Casáronla con Lamberto,
en quien su ascendencia cifra
el valor que dio a su casa
sangre generosa y limpia.
Quisieron hacer lo propio
conmigo, mas no se inclina
mi natural a este estado;
otro más noble me obliga,
y después de mil trabajos
que ocasionaron mis dichas
y ampararon mi inocencia,
el ánimo noble inclina
y piedad de Monseñor
Julio Cataño que iba
a Roma a instancia del Papa,
que en su casa me reciba.
Hízome su secretario,
y al cabo de algunos días
en que mereció alcanzar
un capelo y una mitra,
dio el cargo de mayordomo
de su casa y su familia
a Lamberto, mi cuñado;
pienso que a intercesión mía.
Crecí en crédito y amor,
y al mismo paso la envidia
creció en los interesados;
pero sin ella ¿quién priva?
Verdad es que ocasionó
mi condición enemiga
de callar faltas ajenas,
siendo tan grandes las mías,
su enojo, porque, avisando
al cardenal lo que veía
digno en casa de remedio,
fui causa de algunas riñas.
En fin, por esto o por todo,
con mi cuñado conspiran
mis domésticos contrarios;
mas no me desautorizan
con monseñor, pues, discreto,

testimonios averigua,
que a la verdad hermosean
afeites de la mentira.
Afrentados, pues, de ver
que sus intenciones sirvan
de escala, por donde suba
mi privanza más arriba,
una noche se conciertan
de esconder tras las cortinas
de mi cama una mujer
de las que en Roma hay perdidas.
Hizo esta hazaña el dinero;
meten la engañosa espía,
acuéstome descuidado
y al cardenal luego avisan,
que, incrédulo de tal cosa,
entra en mi aposento, y mira
aquel caballo troyano,
vil preñez de su malicia.
Llueven luego acusaciones
sobre mí, mofas y risas,
el torpe honesto me llaman,
de hipócrita me bautizan;
pero, sin precipitarse
el cardenal, examina
en mi rostro la inocencia,
donde es la vergüenza firma.
Llama a la mujer aparte,
amenázala que diga
la verdad, y sobre el potro
del temor, en fin, publica
los cómplices de mi agravio,
los ardidés de la envidia,
la fuerza de la verdad
y el poder de la justicia.
Los demás, avergonzados,
su insulto, mudos, confirman,
que la turbación es juez
que se condena a sí misma.
Indignése monseñor,
y a que dé cuentas obliga
a Lamberto de su hacienda
y que a los demás despida.
Mas salió de ellas tan mal,
que en solas cuatro partidas
en cuarenta mil ducados
le alcanza y le necesita
a vender toda su hacienda,
y no alcanzando estas ditas,
preso, y tarde arrepentido,

favores vanos mendiga.
Yo, que de aquel testimonio
libré, gracias infinitas
di al cielo, busco terceros
que por mí al cardenal pidan
dé licencia a mi quietud,
en el palacio oprimida,
para que, libre con ella,
seguro de enredos viva.
Tanto pudieron los ruegos,
mis lágrimas y porfía,
que, su voluntad forzando,
me vino a decir un día,
"No quiero, Jacobo, creer
que ingritud os obliga
a que por vos mi afición
no sea bien correspondida.
Sé vuestro natural quieto,
lo que en palacio peligra
la virtud siendo envidiada,
y aunque por mí conocida
contra todos os defiando,
soy hombre, y tal vez podrían
verisímiles engaños
acreditar sus mentiras.
Muchos contrarios tenéis,
y para que no os persigan,
es bien que salgáis de Roma.
A la Infanta de Castilla,
princesa de Portugal,
el cardenal mi tío envía
para el monasterio ilustre
y el hospital que edifica
en Madrid, entre otras cosas,
una caja de reliquias,
que son, de su devoción,
las prendas de más estima.
Partid con este presente,
veréis la mejor provincia
de Europa, donde la Iglesia
da a la fe segura silla;
donde las ciencias florecen,
donde la nobleza habita,
donde el valor tiene escuela
y donde el mundo se cifra.
Si os queréis quedar en ella
(que a todos su corte hechiza)
llevando en vuestro favor
cartas de mi tío y mías,
su alteza os hará merced,

y si en su reino os prohija,
yo os impetraré del Papa
alguna prebenda rica."
Vi el cielo abierto con esto,
dile las gracias debidas;
deseaba ver a España,
dispuse, en fin, mi partida.
Llegué a esta corte famosa,
di las cartas y reliquias
a la señora princesa,
recibiólas de rodillas,
y a don Cristóbal de Mora
me manda acudir, que es dicha
no pequeña el enviarme,
señor, a vueseñoría,
cuya fama y cristiandad
hasta nuestra Italia admira,
y en cuyo favor espero
el buen fin de mi venida.

CRISTÓBAL: Yo, señor Jacobo, estoy
contento con la noticia
que de sus cosas me ha dado,
y hago de ellas justa estima.
Informaré a la princesa,
haciendo de parte mía
lo que pudiese en su aumento;
mas espere, que ella misma
sale de palacio.

CABALLERO: Irá
a las Descalzas a misa.

CRISTÓBAL: Y a ver a la emperatriz,
su hermana, doña María.

Sale la PRINCESA de viuda, don DIEGO y acompañamiento

PRINCESA: Al rey, mi señor hermano,
he enviado a convidar
para que me venga a honrar
y con su celo cristiano
la fiesta nuestra autorice
y aumente su devoción.

DIEGO: Será la consagración
con su presencia felice.

PRINCESA: Ya mis Descalzas desean
que se pase el Sacramento
a su iglesia, y así intento
que este mes cumplido vean

su esperanza religiosa,
porque con su esposo estén,
y a las reliquias también
que con mano generosa
me ha enviado el cardenal
de San Marcelo, deseo
hacer un rico trofeo
luego que del Escorial
venga mi señor el Rey;
con ellas le haré un convite,
que sé el gusto con que admite
las joyas de nuestra ley.

CRISTÓBAL: Aquí, gran señora, está
quien las trujo desde Roma,
y quien a su cargo toma
su aumento, la servirá
con satisfacción debida,
que su virtud y nobleza
merecen que vuestra alteza
le haga merced tan cumplida.

PRINCESA: Yo tengo deso cuidado,
pues sois hombre de valor.
El rey, mi hermano y señor,
ocho encomiendas me ha dado
de Cristus en Portugal,
por que a mi disposición
las de a sujetos que son
de sangre noble y leal.
Como aquí vivir queráis
y a vuestra patria olvidéis,
una de ellas gozaréis
si en Portugal os prohijáis.
¿Qué decís?

CABALLERO: Que el interés
de servir a vuestra alteza
tengo por naturaleza.

PRINCESA: Procurad prohijaros, pues,
y a don Cristóbal de Mora
por la encomienda acudid
cuando volváis a Madrid.

CABALLERO: Inmortaliza, señora,
la fama tal cristiandad.

CRISTÓBAL: Ya somos de una nación;
yo haré que la prohijación
le den con facilidad.
Acuda a verme después.

Vanse si no es el CABALLERO de GRACIA

CABALLERO: Beso a vuesa señoría
las manos. (¡Qué cortesía!
Mas basta ser portugués.)

Sale RICOTE

RICOTE: ¡Oh madre de gente extraña,
madre, punto y excelencia
de la real circunferencia
con que te corona España!
Goce tu apacible puesto
mi amo toda su vida,
sin que de ti se despida
jamás.

CABALLERO: Ricote: ¿qué es esto?

RICOTE: ¡Oh, señor! Enamorado
de Madrid, de gastos mar,
gracias la empezaba a dar
por los amigos que he hallado.

CABALLERO: ¡Amigos tan presto!

RICOTE: Es villa
que a todos hace merced;
los amigos que mi sed
ha hallado son la membrilla,
la siempre enlutada y llana
que salta sin dar enojos
desde la taza a los ojos.
Esquivias la toledana
que con ósculos de paz
se entra al alma por la boca,
Burguillos que brinda a toca
y los Molodros de Orgaz
que se oponen a Ajofrín,
y contra injurias del cierz
felpas que aforran el Bierzo
y martas de San Martín.

CABALLERO: ¡Buenos amigos!

RICOTE: Sí son
más leales los más viejos,
todos éstos, siendo añejos,
me roban el corazón.
Pero unos curas seglares,
que aquí llaman taberneros
y andan bautizando cueros,
muestran, por darnos pesares,
que aquesta corte encantada
al vino imitar procura
pues ni en ella hay verdad pura
ni amistad que no esté aguada.

provocando su venganza,
en mil ducados le alcanza
de sus cuentas y su oficio.
Pues que librarlos prometo
y pajar esta cuantía
por él, si a la pena mía
acudís con el secreto
que merece vuestro honor,
estimad la libertad
de vuestro hermano, y librad
con su peligro mi amor.

SABINA: Quedó mi esposo Conrado
preso en Roma, y por no dar
a atrevimientos lugar,
que con el mismo cuidado
que vuestra locura en gaña
intentó algún atrevido,
tuve por mejor partido
venir con mi hermano a España,
y ya que perdió su hacienda
mi hermano, no será bien
que su honra pierda también
y en mil ducados la venda.
Pues, poniéndola en mi mano,
quiso dejarla a mi cuenta,
por deudas no será afrenta
el estar preso mi hermano.
Mas, decid, si me deshonra
de vuestro amor el exceso,
¿no es mejor honrado y preso
que salir libre y sin honra?

PAULO: Mirad que declararé
los insultos de Lamberto,
porque de su desconcierto
todos los excesos sé.
Forzarásme a deshonorarle,
y no es bien, siendo mi amigo.

SABINA: ¿Puede darle más castigo
la justicia que afrentarle?
Pues si eso vuestra malicia
intenta y le ejecutáis,
¿en qué os diferenciáis
de la más cruel justicia?
Idos, amigo inconstante,
y esto os baste por castigo,
que quien es tan ruin amigo
mal puede ser buen amante.

PAULO: Básteme para venganza
de aquese desdén tirano
que esté preso vuestro hermano;

quíteseos la esperanza
 de verle suelto jamás;
 poco su peligro os mueve
 y poco Lamberto os debe.
 Yo procuraré de hoy más,
 ingrata, desconocida,
 de que vuestro poco seso
 agrave más el proceso.

SABINA: ¡Ay hermano de mi vida,
 que pudiéndote soltar
 tenerte preso consienta!
 Pero, ¡ay honor! vuestra afrenta,
 ¿no es más de considerar?
 ¿Qué haré en confusión tan grave,
 donde el amor y la honra
 concurren? Mas la deshonra
 no afrenta si no se sabe.
 Espera, Adorno. (¡Ay de mí!)

PAULO: La dicha de vuestro hermano
 depende de vuestra mano.

SABINA: ¿Guardaréis secreto?

PAULO: Sí.

SABINA: Luego os alabáis los hombres
 en gozando a una mujer.

PAULO: Noble soy.

SABINA: Temo perder,
 por más que hidalgo te nombres,
 la fama, que sólo estriba
 en la vulgar opinión,
 y así, muera en la prisión
 mi hermano, como ella viva.
 ¡Vete ocasión de mi afrenta!
 ¿Voyme?

PAULO: Aguarda. (¡Ay vil temor!
 no pensé yo, amado honor,
 ponerlos jamás en venta.)
 En fin, ¿guardaréis secreto?

PAULO: Sí, que quien de veras ama
 guarda el honor de su dama.

SABINA: Cuando es amante perfeto:
 juradlo.

PAULO: Por esos ojos
 que hacen cielo aquesa cara.

SABINA: Pluguiera a Dios que cegara
 honor, y no os diera enojos:
 soltad mi hermano primero.

PAULO: Haré que le den mi casa
 por cárcel.

SABINA: La fama abrasa
 más que él honor el dinero.

PAULO: Esta noche le tendré
en ella, por que no impida
la ocasión, prenda querida,
que intenta gozar mi fe,
si mi ardiente amor pagáis
y a la mañana en la vuestra
le tendréis.

SABINA: (Honor, en muestra
de lo que a Lamberto amáis,
disimulad este insulto.

PAULO: ¿Vendré esta noche?

SABINA: No sé.

PAULO: Cuando en sus faldas esté
durmiendo el silencio oculto
vendré, sin que pueda Apolo
ver lo que por mí arriesgáis;
¿qué decís?

SABINA: Que no vengáis;
mas, si venís, que sea solo.

Vase

PAULO: ¡Victoria, ciego interés!
Sujeta a tus pies está
la honra; ¿mas qué no hará
en la corte un ginovés?
Pues aunque se suba al cielo
Amor, porque todo es alas,
cuando son de oro las alas
cualquiera le alcanza el vuelo.

*Vanse. Salen el CABALLERO de GRACIA, FISBERTO y
RICOTE*

CABALLERO: El cardenal, mi señor,
en esta carta me manda
que ponga todo calor
en la piadosa demanda
del Carmen, y que el favor
de la princesa procure
para que sitio le den
de un convento que asegure
la religión, y es muy bien,
aunque la vida aventure
en tan cristiano cuidado,
que honre la corte española
el instituto sagrado

del Carmen, que estaba sola
sin este orden celebrado.

Luego hablaré a la princesa,
Fisberto, con la eficacia
que pide tan justa empresa.

FISBERTO: Sois Caballero de Gracia,
por vos el cielo interesa
la virtud que reconoce
en vuestro cristiano celo.

CABALLERO: Razón es que Madrid goce
las gracias que da el Carmelo.
¿Cuántos padres vienen?

FISBERTO. Doce.

CABALLERO: Al sacro colegio imita
de Cristo. Yo haré que aquí
tenga la Orden Carmelita
un monasterio.

RICOTE: Eso sí

devociones ejercita,
que tú engordarás con eso.

CABALLERO: Ya que me he vuelto español
su celo y virtud profeso;
ésta es la Puerta del Sol,
bien estuviera, os confieso;
aquí el sitio de esta casa,
que el concurso de la gente
que por aquí al Prado pasa
es notable.

FISBERTO. Y excelente
vuestra elección, si es que pasa
por aquesto el Hospital
de la Corte.

CABALLERO: Dudáis bien,
que es pobre, aunque en nombre real
demás que está aquí también
la Victoria y se hacen mal,
cuando las comunidades,
por estar cerca. se quitan
provechos y utilidades
de devotos que visitan
sus conventos y hermandades.
Pero, decidme, ¿qué casa
es aquella donde tantas
salen y entran?

FISBERTO, Donde pasa
un trato no para santas.

RICOTE: Donde Venus da a la tasa
Zupia que el seso derriba;
feria donde abre sus tiendas
el vicio a gente lasciva,

y es, en fin, porque lo entiendas,
rastros de la carne viva.

CABALLERO: ¿Qué dices, loco?

RICOTE: ¿Esto ignoras?

A fe que lo saben hartos;

[...]

lonja de gente ruin,
de la basura rincón,
y por no hablar en latín,
es, hablando con perdón,
la casa pública, en fin.

CABALLERO: ¡Jesús! ¿La casa es aquésta
donde la gente perdida
vive o muere deshonesto?
¿Donde la vergüenza olvida
la honra que tanto cuesta?
¡Válgame Dios, ya que admite
la costumbre y los engaños
que el vicio en la corte habite,
y porque mayores daños
excuse, aquéstos permite.
¿Es posible que consienta
que en esta publicidad
tenga su casa el afrenta?
¿Que la deshonestidad
pague aquí al infierno renta?
Junto a la Calle Mayor,
por donde la gente pasa
de más caudal y valor,
¿la torpeza tiene casa
y a todos no causa horror?
¿Qué doncella recogida,
qué mujer noble y de suerte
verá esta gente perdida
al pasar, que no despierte
la pasión más reprimida?
¿A quién no ha de dar enojos,
siempre que por aquí venga,
el ver que en viles despojos,
esta nube Madrid tenga
en las niñas de sus ojos?
¿Donde el honor español
vive, la deshonra puebla,
siendo de virtud crisol,
la obscuridad y tiniebla
junto a la Puerta del Sol?
Eso no, ¡Madre de Dios!
ya tengo casa que os dar;
Del mundo salió por Vos
el demonio, que habitar

juntos, mal podréis los dos.
Salga de aquí, pues abrasa
la corte su vil noticia,
verá la gente que pasa,
si fue casa a la malicia,
que es ya de la virtud casa.
En el corazón me ha puesto
Dios que aqúeste sitio escoja
para el convento propuesto,
porque el alma me congoja
que aquí el trato deshonesto
a toda la corte ofenda.

FISBERTO: Si lo alcanzarais, no hay duda
que es gran cosa.

RICOTE: ¿Y con qué hacienda?

CABALLERO: Virgen, dadme vos ayuda,
que yo lo haré aunque me venda.
Pero aguardad, ¿qué príncipe es aquéste
que tanto coche y gente le acompaña?

FISBERTO: El cardenal don Diego de Espinosa
invicto presidente de Castilla
que a la Victoria va.

CABALLERO: Dios me le ofrece
para que le suplique que al demonio
quite el colegio vil de gente infame,
que en mitad de la corte a cada hora
con torpe amor la honestidad desdora.
Vámosle hablar. ¡Mi Dios, Virgen del Carmen,
dadme palabras que moverle puedan
a que destruya aquéstos que dan muerte
al alma, y son la gente más perdida.

RICOTE: ¿Qué muerte si le llaman "de la vida"?

Salen el cardenal ESPINOSA, don DIEGO y otros

CARDENAL: Consagra el Arzobispo de Toledo
don Gaspar de Quiroga el templo santo
que a las Descalzas hizo la princesa,
y va su majestad a honrar mañana
la devoción y fiesta de su hermana,
y así es razón que todos los Consejos
solícitos acudan a servilla.

DIEGO: Y más un presidente de Castilla.

CABALLERO: No es, señor ilustrísimo, a propósito
este lugar, para que en él reciba
memoriales y lea peticiones;
mas nunca pierde tiempo un pretendiente,

ni tiene el juez perfecto reservado
lugar adonde no entre la justicia;
porque los jueces y ministros reales
consigo han de llevar los tribunales.
Supuesta esta verdad y mi justicia,
no debe mi osadía de admiralle
si hace sala de audiencia a questa calle.
Diga lo que pretende.

CARDENAL:

CABALLERO:

Digo en suma,
pues a vuestra ilustrísima compete
de aquesta corte el régimen político,
que en su riñón y centro y a los ojos
de lo más principal que habita en ella,
hay una casa donde cada día
se ofende a Dios con juegos prohibidos
pudiendo estar en partes más remotas.

RICOTE:

CARDENAL:

Y jugando al pasar, todas son pocas.
¿Casa en Madrid de juego prohibido,
y que públicamente se ejercite?

CABALLERO:

CARDENAL:

Y se sabe, señor, y se permite.

CABALLERO:

DIEGO:

El Rey y los Consejos.

CABALLERO:

CARDENAL:

Éste es loco.

CABALLERO:

No está su sitio lejos.

CABALLERO:

¿Cómo se llama el dueño de esa casa?
Torpeza vil que la virtud abrasa.
Ilustrísimo príncipe, ¿es posible
que en mitad de esta corte se consienta
tienda al demonio que le pague renta?

Las públicas mujeres deshonestas,
¿es bien que vivan en el mejor sitio
de la corte que rige los tormentos
el pecado mayor junto a la Calle
Mayor de este lugar, y esto se calle?
Las leyes allá fuera de la corte,
mujeres despeñadas de sus vicios
entre barrancos y despeñaderos,
que cuando está apestada alguna casa
cerrarla suelen cuando no se abrasa.
Los padres religiosos del Carmelo
buscan un sitio en que labrar palacio
a la Virgen divina, su Patrona.
Cuando viene a la corte una princesa,
el rey la hace dar casa de aposento;
conviértase esta casa en su convento.
No es bien que las tinieblas, señor, vivan
junto a la Puerta que del Sol se llama;
siendo luna sin mácula María,
habitación tendrá más oportuna
si a la Puerta del Sol viene la Luna;

- haga a su majestad vuestra ilustrísima,
pues es su capellán, ese servicio,
y a Madrid tan honesto beneficio.
- CARDENAL: El celo alabo; pero no conviene
mudar el orden que la corte tiene;
gobiérnese a sí mismo, y no se meta
en ajenos oficios y cuidados,
que Madrid tiene jueces y ministros
que dispongan las cosas que les tocan,
y quien juntó esa casa en este puesto
consideró primero lo que hacía,
y yo no pienso variar el uso
con que a Madrid la antiqüedad dispuso.
- CABALLERO: Señor, señor, perdóneme, y advierta
que Dios interiormente me está dando
impulsos para que esto se concluya;
la casa del demonio ha de ser suya.
Y si vuestra ilustrísima rehusare
hacer al Carmen santo este servicio,
harélo yo, y echando esas mujeres
de esta publicidad una mañana
con teclas y campanas verá el cielo
la casa vil que es casa del Carmelo.
- CARDENAL: Pues cuando llegue vuestro atrevimiento
con indiscreto celo a hacer tal cosa,
quitándoos la cabeza de los hombros
sabré yo dar el pago que merece
quien al juez superior desobedece.

Vase

- CABALLERO: ¡Virgen! ¿Con la cabeza me amenazan
porque posada os busco? ¡Carmen mío!
¿Casa dan al demonio en esta corte
y os la niegan a vos? No lo permita
la devoción que vive en sus vecinos.
Con la cabeza me han amenazado,
si a su costa no más quito al demonio
aquesta lonja de sus vicios trato
y casa os doy, comprado habré barato.
Yo haré de suerte que mañana vea
aquesta infame casa convertida
la corte a mi buen celo agradecida.
A hablar voy la princesa, que yo espero
de su real cristiandad, cuando edifica
monasterios a Dios y a sus Descalzas,
que no permitirá que el suyo tenga
aquí el demonio; y yo daré dineros
para que busquen esas desdichadas
otro puerto a sus vicios conveniente

RICOTE: que no ofenda los ojos de la gente.
Cualquier partido, si las das moneda,
te harán cuando las saques de su nido,
que por eso se llaman "del partido."
¡Qué notable virtud!

CABALLERO: ¡Virgen divina!
Como vos tengáis casa en esta corte,
y de ella se destierre la torpeza,
¿qué importa que me corten la cabeza?

Vanse. Sale LAMBERTO, de noche

LAMBERTO: A las puertas de mi casa
me han traído los recelos
del honor, que anda por mí
animando atrevimientos.
Díome la suya por cárcel
la justicia a pedimiento
de Paulo Adorno, por quien
he estado hasta agora preso.
Mil ducados por mi paga,
y aunque, obligado, confieso
la libertad que me ha dado
y el interés que le debo,
si para discursos tristes
ofrece la noche tiempo,
de tal noche que mi honor
los haga en vuestro silencio.
Llegué huyendo de mis vicios
a Madrid, piadoso cielo,
sin hacienda y sin ventura,
y apenas en él me apeo
cuando las persecuciones,
de las desdichas correos,
me aposentán en la cárcel;
que poco importa ir huyendo
de su daño el que ignorante
le lleva consigo mesmo,
porque es alguacil el vicio
que prende a su mismo dueño.
Pues honor, si Paulo Adorno
de mi prisión fue primero
autor, y a instancia de Roma
causas me intima y procesos,
si es su rigor mi fiscal,
el interés avariento
que me pide desterrado
mil ducados por lo menos,
sospechosa la codicia,

Paulo, ni amigo, ni deudo,
¿qué ocasión puede obligarle
a que me suelte tan presto?
Podrá ser que el cardenal
le escribiese que, no habiendo
de dónde cobre su alcance,
me suelte; fue al fin mi dueño;
es generoso y ilustre
prometerme esto y más puedo
de su cristiandad hidalga.
Bien, honor, estoy con eso;
mas a ser así, decidme,
¿a qué propósito ha hecho
darme su casa por cárcel,
y apacible y lisonjero
esta noche solamente,
en su mesa y aposento
le mira mi libertad,
si por él mañana puedo
gozar seguro la mía?
¿Qué interesa en este tiempo?
¿Por qué me encierra esta noche?
¿Veis si aprieta el argumento?
¿Sabina sola y mujer;
yo ausente, afligido y preso,
y él liberal y agradable?
No, honor, no puede ser bueno.
Armado salió de casa,
y yo, ya que no discreto,
por lo menos sospechoso,
la palabra y cárcel quiebro
porque esté entero mi honor.
Desatinado y travieso
he sido, mas siempre honrado;
no ha de ser mi hermana el precio,
por más que el oro conquiste
de mil ducados, si puedo.
Sed en estas puertas escoltas,
no más que esta noche, celos.
Gente viene: aquí me encubro.

Sale el CABALLERO de GRACIA

CABALLERO: En el encantado enredo
de palacio no han podido
hallar puerta hoy mis deseos
para hablar a la princesa
y dar con su favor medio
para el convento del Carmen.

En balde he gastado el tiempo,
no me dejaron entrar
interesables porteros;
mas hablaréla mañana,
aunque ponga impedimentos
la vil deshonestidad
pesarosa de que intento
ganar para la virtud
el presidio del infierno.
Ni hallé a Ricote, ni sé
las calles por donde vengo,
y pienso que me he perdido.
Llevadme a mi casa, cielos.

Sale PAULO ADORNO

PAULO: La obscuridad de la noche
ampara con su silencio
mi pretensión amorosa.
En mi casa está Lamberto,
Sabina determinada
y yo abrasado, ¿qué espero?
Pero gente hay en la calle,
el ofrecido secreto
que Sabina me encargó
es bien guardar aquí, quiero
esperará que se vayan.

Sale SABINA

SABINA: ¿Si estará mi hermano suelto?
¡Ay honor, a lo que obliga
la sangre, pues a ofenderos
me fuerza! Noche confusa,
encubrid al vulgo necio
los peligros de mi fama.
Si es Paulo Adorno el que veo
abridle, honra, que en la calle
el recato corre riesgo.
¡Ay infelice Sabina!
¡Ay desdichado Lamberto!
¡Ay ofendido Conrado!

CABALLERO: ¿Qué escucho? ¡válgame el cielo!
¿Lamberto y Sabina aquí,
y Conrado entre lamentos
piadosos a tales horas,
si son los tres que sospecho?

SABINA: ¿Sois Paulo Adorno, señor?

CABALLERO: (Por saber este suceso
tengo que decir que sí.)
Yo soy, señora, ese mismo.
(Ésta es la voz de Sabina.)

LAMBERTO: (¡Ay, qué a mi costa habéis hecho
verdad, honor, mi sospecha!)

PAULO: (¿Otro Paulo Adorno? Bueno.
¿Descubriréme? Mas no,
que así la palabra quiebro
del secreto prometido.
Mejor es que el sufrimiento
aguarde a ver en qué para
este disfraz, que mis celos,
si prosiguiese en su engaño,
no dejarán que entre dentro.)

SABINA: Si Lamberto está ya libre,
que lo supongo por cierto,
en fe de vuestra palabra,
pues sois, en fin, caballero,
mostradlo en esta ocasión,
y vuestra pasión venciendo,
obligad prendas del alma
sin injuriar las del cuerpo.
Vuestra nobleza agravíais
si, cual tratante avariento,
vendéis la necesidad,
que mil ducados no es premio
equivalente al honor
que necesitada os vendo.
No afrentéis a una casada
ni a un marido ausente.

CABALLERO: ¡Cielos!
No en balde aquí me trujiste!
el perderme os agradezco.
Sabina es ésta; y si saco
consecuencias de aquí, a precio
de su honor la libertad
ha comprado de Lamberto;
razón será, cuando quito
a la desvergüenza el templo
de la deshonestidad
y su casa librar quiero,
que libre la de mi hermano.
¡Miren si he sido yo cuerdo
en no casarme! ¡Oh cruel yugo,
de ti libre Dios mi cuello!
¿Diré quién soy? Mas mejor
es, por que me admita dentro,
fingirme el interesado
de este afrentoso concierto,

que, apretando los cordeles
del honor, sabré por ellos
si hay firmeza, cuando él da
a la necesidad tormento.)

LAMBERTO: (¿Que mis torpes desatinos.
en este trance hay an puesto
a mi hermana? ¿Y que su honor
haga la torpeza empeño?
¡Vive Dios, villano amante,
si a sus honrados deseos
no correspondes cortés,
que he de travesarte el pecho!)

CABALLERO: Sabina: si no me abrís
y a mi amor buscáis rodeos,
haré volver a la cárcel
al punto al hermano vuestro.

SABINA: En fin, ¿no pueden con vos
lágrimas, conjuros, ruegos
ni el valor de vuestra sangre?
Entrad, pues, aunque primero
que ofendáis mi honestidad
podrá ser, libre el acero,
la fama que tiranizan
vuestros gustos deshonestos.

CABALLERO: Abrid la puerta.

PAULO: Eso no,
ladrón de honras encubierto;
que asiste aquí de Sabina
el amante verdadero.

LAMBERTO: ¡Villano! Antes que mi hermana
agravies, tendrán ejemplo
en tu muerte los que la honra
piensan comprar con dineros.

CABALLERO: Paulo Adorno: sosegaos;
Lamberto, hermano: teneos,
que estáis los dos engañados.

SABINA: (Aquí está mi hermano, ¡ay cielos!)

PAULO: (Lamberto supo, sin duda,
la fuerza de mi amor ciego
y a vengar su injuria vino.)

LAMBERTO: ¿Quién eres?

CABALLERO: Hermano vuestro:
el Caballero de Gracia.

LAMBERTO: ¿Cómo?

PAULO: ¿Qué escucho? ¿Otro enredo?

LAMBERTO: ¿Jacobó de Gracia vos?
¡Hola! sacad luces presto.

Sale RICOTE con un hacha

RICOTE: Por una hacha fui a mi casa,
y cuando a palacio vuelvo
por mi señor, no le hallo;
suspensión del vino temo.

CABALLERO: Ricote: llega esa luz.

RICOTE: Topé con él; desde hoy
un credo al Niño perdido

LAMBERTO: ¿Que he sido digno de veros,
Jacobo, en esta ocasión?

CABALLERO: Dad gracias a Dios por ello
que a los peligros acude.

LAMBERTO: ¡Qué de ofensas que os he hecho!

CABALLERO: La que hoy hemos restaurado
es razón que ponderemos,
y para qué otras se excusen
quiero en mi casa teneros
con Sabina vuestra hermana.

LAMBERTO: No nos lo debéis.

CABALLERO: Si, debo,
pues de perseguirme vos
mi buena suerte intereso.
Yo haré que venga Conrado
libre de Roma, que espero
del cardenal esto y más.

A PAULO

Y vos, pues os hizo el cielo
rico, aprovechad mejor
vuestra hacienda, que el empleo
de los vicios es caudal
que se pierde con su dueño.
Venid por los mil ducados
a mi casa.

PAULO: Yo los suelto,
dándolos por bien empleados,
pues os conozco por ellos.

CABALLERO: La vergüenza de Sabina
impedirá los deseos
que de verme habrá tenido.
Andad con Dios, caballero,
y con vuestro oro fundad
un mayorazgo en el cielo,
que no es hazaña de noble
echar sobre el honor censos.

PAULO: (Este hombre parece santo.)

Vase

CABALLERO: Entrad, hermano.
RICOTE: ¿Qué es esto?
Esta noche está borracha,
o yo lo estoy, que es más cierto.

JORNADA TERCERA

Salen don CRISTÓBAL de MORA y el CABALLERO de GRACIA, con hábito de Cristo

CRISTÓBAL: Ha aumentado la afición
que a vuesa merced tenía
la nueva prohijación
que a los dos desde este día
da una patria y profesión.
Ya es portugués adoptivo,
si yo lo soy natural,
ya a mi nación apercibo
con hijo tan principal
valor nuevo.

CABALLERO: Yo recibo
su noble insignia, señor,
bien que indigno de tal prenda,
con obligación mayor,
pues servirle me encomienda,
si me hace comendador
y el ánimo solícito
que vueseñoría me da
con la Cruz, en que le imito,
que buen ejemplo tendría,
si a sombra suya milito.

CRISTÓBAL: No sé si llega su renta
a mil ducados, mas quede
desde hoy a mi cargo y cuenta
el mejoralle.

CABALLERO: Bien puede
vueseñoría, aunque intenta
mi aumento, descuidar de eso
que mucho menos le basta
al estado que profeso.

CRISTÓBAL: Sé cuán bien su hacienda gasta.

CABALLERO: Si trae la cruz mucho peso
podrá ser que a tropezar
me obligue de tal manera,
que me estorbe su pesar;
cuanto fuese más ligera
será mejor de llevar.
No apetezco mucha hacienda,
la que me dio Monseñor
y la de aquesta encomienda
me sobra, y siendo mayor
mi quietud temo que ofenda.

CRISTÓBAL: El Rey sale con su hermana
la Princesa, mi señora.

CABALLERO: (Mi dicha el peligro allana.
¿Qué temo? Hablaréle agora,
pues con su presencia gana
el favor que he menester.)

*Salen el REY y la PRINCESA, don DIEGO y don
JUAN*

REY: Ya vuestra alteza estará
contenta, pues llega a ver
lo que deseado ha
tantos días.

PRINCESA: Por tener
mi monasterio acabado
y de su fábrica estar
vuestra majestad pagado,
puedo a mi ventura dar
el parabién deseado,
y porque con su asistencia
nuestra fiesta ha sido real.

REY: La iglesia es por excelencia,
y el comenzado hospital
va conforme el arte y ciencia.

PRINCESA: Con esa satisfacción
no tendrá la obra defecto,
pues la aprueba el Salomón
de España, rey y arquitecto,
gloria de nuestra nación,
que el Escorial, en quien fundo
de Jerusalén el templo,
que fue milagro del mundo,
le ha de llamar a su ejemplo
nuestro Salomón segundo.

Llégase el CABALLERO de GRACIA, de rodillas,

al REY

CABALLERO: Vuestra majestad, señor,
castigue en mí un desacato,
hecho con poco recato,
aunque digno de loor.
Junto a la Calle Mayor
por donde el concurso pasa
de su corte, tenían casa
las mujeres más perdidas
de Madrid, con cuyas vidas
la mayor virtud se abrasa.
Supliqué a su presidente
de Castilla que mudase
aquella gente y la echase
a otra parte más decente,
y que el Carmen excelente
fundase allí, y la esperanza
de tan piadosa mudanza
diese a Dios, con dicha inmensa,
casa en que vivió la ofensa
y ya vive su alabanza.
Respondió con aspereza
que si la devoción mía
novedad alguna hacía
peligra mi cabeza.
Pero yo; que la torpeza
de aquesta gente mundana
aborrezco, una mañana
hospedar a Dios dispuse,
desterré al demonio y puse
celdas, iglesia y campana.
Holgóse la vecindad
libre de aquel vituperio,
ya es del Carmen monasterio
el de la sensualidad.
Si esto Vuestra Majestad,
siendo tan cristiano y fiel,

Saca un cordel

PRINCESA: juzga por culpa, el cordel
desde ayer traigo conmigo,
para que me de el castigo
que he merecido con él.
Vuestra majestad le haga
merced, porque es cosa mía.
REY: Devota es vuestra osadía;

no es justo que se deshaga
casa de quien Dios se paga
y al vicio se pone freno.
Vuestro celo ha sido bueno,
y aunque el Carmen en tal cabo
está bien, el hecho alabo,
las circunstancias condeno.

Vase el REY

- CABALLERO: ¡Qué. compendiosa sentencia!
¡Qué cristiana conclusión!
Bien te llaman Salomón
en la justicia y clemencia.
¡Prospera Dios tal prudencia!
- PRINCESA: En fin, me habéis imitado;
un monasterio he fundado
y otro al Carmen dedicáis,
como un hospital hagáis
me habréis en todo igualado.
- CABALLERO: No puedo yo ser igual
a hazañas tan excelentes,
aunque a los convalecientes
también he dado hospital.
La calle de Fuencarral
se honra con esta obra pía;
flaca la gente salía
enferma y para volver,
gran señora; a recaer,
¿de qué curallos servía?
Allí a su regalo asisto
mientras fuerza y salud cobra.
- PRINCESA: No sólo en hábito, en obra
sois caballero de Cristo;
el celo que en vos he visto
es bien, Jacobo, que aliente;
quien sustenta tanta gente
los gastos tendrá doblados.
¡Hola! dadle mil ducados.
- CABALLERO: ¿Otros mil? El cielo aumente
la católica virtud
con que España se está honrando.
- PRINCESA: Encomendadme a Dios, que ando
muy quebrada de salud.
- CABALLERO: Como mi solicitud
lo que le falte asegure,
¿qué habrá que yo no procure
para que su vida aumente?
Mas vuestra alteza, ¿qué siente?

podrá ser que yo la cure.
PRINCESA: Con oraciones sí haréis.
CABALLERO: Dígame esto vuestra alteza.
PRINCESA: De estómago y de cabeza
mil dolores, que podréis
remediar si instancia hacéis
a Dios.

CABALLERO: Valgo para eso
poco, y aunque no profeso
medicina, una receta
tengo yo santa y discreta,
a quien debo vida y seso.
Cuando en Bolonia estudiaba,
de suerte me perseguía
ese dolor cada día,
que por muerto me dejaba.
El médico me mandaba
beber vino, si mi vida
estimaba, consumida
con el estudio y cuidado,
mi estómago delicado,
el agua, y poca comida.
Pero nunca Dios permita
que el vino haga en mi sosiego,
tocar en el alma a fuego
ni su vecindad admita.
Íbame al agua bendita,
¡mire que extraña simpleza!
y prometo a vuestra alteza
que las pilas agotaba
bebiéndola, y me aliviaba
el estómago y cabeza.
Desde entonces hasta agora
no he sabido qué es dolor;
no hay medicina mejor
que agua bendita, señora.

PRINCESA: Quien vuestra virtud ignora
juzgara por desatino
lo que el cielo a daros vino.
A ser mi fe cual la vuestra
hiciera en mi salud muestra
ese remedio divino.
Con la sagrada divisa
de Cristus honrado estáis,
si es que servirme gustáis,
Jacobo, ordenaos de misa,
pues vuestra virtud me avisa
que con tan divino oficio
daréis de quien sois indicio,
mi capellán os haré.

CABALLERO: Vuestra alteza en mí no ve...
PRINCESA: Hacedme aqueste servicio.

Vanse todos, sino es el CABALLERO

CABALLERO: ¿Yo sacerdote, mi Dios,
con suficiencia tan poca?
¿Yo señor de vuestra boca?
¿Cristo de mi boca, Vos?
¿Tanta amistad en los dos
que, a mi palabra obediente,
bajáis siendo omnipotente,
cuando en el cielo asistís?
Mi Dios, si de esto os servís
hacedme vos suficiente.

Vase. Salen FISBERTO y RICOTE

FISBERTO: Mil ducados que ha dado la princesa
para ayuda de costa a vuestro dueño
os dejo en casa.

RICOTE: Buena mosca es esa;
mas ¿qué importa, si es número pequeño
cuanto tesoro de Indias interesa
el Rey para sus gastos? Yo os empeño
mi palabra que dure poco en casa,
aunque comemos con medida y tasa.
Ha hecho un hospital y en él sustenta
tantos convalecientes que es espanto;
ochocientos ducados que de renta
la encomienda no bastan para tanto;
a un pobre caballero que aquí intenta
un may orazgo, de su celo santo
ayudado socorre la pobreza.

FISBERTO: Lastima más si cae sobre nobleza.

RICOTE: Ayer hizo vender toda su plata
y dio a una mujer noble el precio de ella
para dote de una hija, porque trata
de empeñar su hermosura o de vendella.

FISBERTO: Es la necesidad madrastra ingrata,
no es en la corte la primer doncella
que a falta de otras joyas su honra vende.

RICOTE: ¡Plegue a Dios que después no la remiende!

FISBERTO: Vos tenéis un señor bien diferente
de los que agora se usan en España,
dadle esa cantidad y adiós.

Vase

RICOTE:

¡Que intente
traerme al retortero una picaña!
¡Válgate el diablo, Amor impertinente!
¿Una fregona a mí, una telaraña
me ha de coger cual mosca en su garlito?
Sirviendo a un santo, amar es gran delito.
¡Ay si lo sabe, pobre de Ricote,
tras un sermón habrá despedimiento!
¿Que tenga yo por amo a un virginote
y me tiene Inesilla? No consiento.
Emplee Amor en otros su virote.
Mas, ¡ay Inés! no pidas casamiento
y friega en este pecho tu retrato,
de tu esperanza apetecible plato.
Esto de Inés, ¿qué voluntad no inclina?
Hay otros nombres ásperos: Olalla;
ola en mujer, borrascas adivina;
Dominga, que el domingo han de guardalla;
Polonia está sin dientes; Catalina,
empezando por cata han de catalla
cuantos llegaren; pero Inés--¡qué agrado!--
¡Ay Dios! ¿Qué haré que estoy inesado?

Sale el CABALLERO de GRACIA

CABALLERO: Extraña confusión me habéis causado,
católica princesa. ¡Sacerdote
un pecador de crímenes cargado!
¿De Oza no temo el riguroso azote?
Si muere, porque el arca toca asado,
¿he de tocar yo a Dios?

RICOTE: Señor.

CABALLERO: Ricote.

RICOTE: Mil ducados te envía la princesa.

CABALLERO: Déjame solo.

RICOTE: (Inés, mi alma es Inesa.)

Vase

CABALLERO: Los ángeles sin diezmo han alcanzado
la dignidad del sacerdocio eterno;
San Francisco, que fue vuestro traslado,
no se atrevió a ordenar humilde y tierno.
Cortóse el dedo Marcos, con que ha dado
a la fe su evangelio y el gobierno
sacerdotal rehusó, valiendo tanto,

¡y osaré tocar yo vuestro Altar santo!

Salen un CAPITÁN y ROBERTO

CAPITÁN: Pretender en la corte sin dinero,
alegando papeles y servicios,
es pedir fruta y flores por enero,
que sólo el interés alcanza oficios,
pues ni el ser capitán, ni caballero,
ni en Flandes hazañosos ejercicios
bastan para alcanzar lo que pretendo;
pobreza, a vuestra industria me encomiendo.
Aquí, Roberto, vive una casada
rica en extremo, su marido ausente.

ROBERTO: Nuestra necesidad es extremada,
la noche a nuestro intento conveniente.

CAPITÁN: Entremos encubiertos, que, negada,
si sus joyas gozarnos no consiente,
con ellas perderá vida y belleza.

ROBERTO: Y su infame rigor nuestra pobreza.

CABALLERO: ¡Oh cruel necesidad!
¡que la falta de dinero
obligue así a un caballero
a ofender su calidad!
Quitar quiero la ocasión
que le ofrece su pobreza
y socorrer la nobleza
que desdora su opinión.
Caballero, yo he sabido
que en la corte pretendéis
los cargos que merecéis
porque al rey habéis servido
valerosamente en Flandes
contra su gente enemiga;
la necesidad obliga
a emprender delitos grandes.
Tomad estos cien escudos
por hacerme a mí merced,
y en gastándolos, volved
por más, que ellos cual yo, mudos,
socorrerán con largueza
el aprieto con que estáis,
y aquí, ya que allá la honráis,
no afrentéis vuestra nobleza
poniendo cosas por obra
que injurien vuestro valor,
porque, perdido el honor,
o tarde o nunca se cobra.

Dáselos

CAPITÁN: Dios en mi remedio toca,
aquestos labios cristianos
con el socorro en las manos
con el consejo en la boca,
remedio de mi desgracia,
¿quién mi dicha en ti apercibe?

CABALLERO: Andad con Dios, que aquí vive
el Caballero de Gracia.

CAPITÁN: Gracias doy agradecido
a tan hidalgo valor.
Volvamos por vos, honor,
que os tuve casi perdido,
y, al que os socorre de gracia
sin tener de mí noticia,
llamad de hoy por justicia
el Caballero de Gracia.

Vanse

CABALLERO: Agora importa avisar
que con cuidado defienda
su honra, casa y hacienda,
la que ocasión pudo dar
a robarla a este soldado,
que al pobre con opinión
hace agresor la ocasión
y la ocasión al pecado.
Pero, mi Dios, declarad
las dudas que mi alma tiene.
Mandado me han que me ordene;
temo de esta dignidad
la pureza que procura
llegar cada día, mi Dios,
a vuestro altar. Si con Vos
el alma más limpia y pura
es inmunda y pecadora,
¿quién no tiembla? ¿Qué señor,
aunque tenga más amor
a quien le sirve y adora,
si ve que con faltas llega
descompuesto y mal vestido,
no le echa de sí ofendido
y su presencia le niega?
Pues si nada se os esconde,
si caláis los pensamientos,
si medís los elementos,

si no hay parte o lugar donde
de Vos puedan los humanos
sus defectos esconder,
¿cómo os osaré tener
en mis atrevidas manos?
Al santo Papa León
primero, que en Roma un día
con mil ansias os pedía
de sus culpas remisión,
vuestra piedad satisfizo
diciendo que perdonados
estaban ya sus pecados,
fuera de aquellos que hizo
en ordenar sacerdotes
sin virtud ni suficiencia.
Y volvió a hacer penitencia
por excusar los azotes
de vuestra ira; pues, Señor,
si a quien indignos ordena
dilata para más pena
el perdón vuestro rigor,
¿qué haréis al mismo ordenado
que el *sancta sanctorum* toca
con las manos y la boca
y del cielo os ha abajado?
Vos sabéis lo que deseo
el ordenarme, Señor,
que es propiedad del amor
cuyas llamas en mi veo
juntarse a la cosa amada,
y como os amo, querría
incorporar cada día
mi alma en vos abrasada
con la vuestra, pues con Vos
junto, en fe de que os adoro
mi ser realzo y mejoro
haciéndome de hombre Dios.
No os indigne que mi pecho
os busque, que es natural
el pretender cada cual,
Cristo mío, su provecho.
Decidme, por que no pene,
con qué más os serviré,
¡con que en este estado esté,
mi Dios, o con que me ordene!

Sale un PINTOR

PINTOR: Por saber que es tan curioso

vuesa merced, y que estima
pinturas, si las anima
algún pintor valeroso,
para su oratorio tengo aquí
dos cuadros de mano
del celebrado Pinciano.

CABALLERO: Con pinturas me entretengo;
veamos qué tales son.

PINTOR: Por ser nuevo el pensamiento
de ésta, ha de darle contento
y animar su devoción.
Ésta es de Nuestra Señora,
que en fe de la reverencia
que tenía a la presencia
de un sacerdote, a la hora
que le veía, se postraba,
aunque madre de Dios es,
y en levantando él los pies
sus impresiones besaba,
que así María acredita
a quien da a Dios en sustento.

CABALLERO: Escribe este pensamiento
San Dionisio Aero gapita,
y es digno de que se note
y a espantar el mundo venga,
que a la madre de Dios tenga
a sus pies un sacerdote:
¡Válgame Dios y qué a punto,
en castigo de mi men gua,
hace el cielo un pincel len gua,
y con, aqueste trasunto
corrige el atrevimiento
que de ordenarme he tenido!
Ángeles que habéis servido
a Dios de escabel y asiento,
y en honra de las bellezas
de vuestras jerarquías santas,
ponéis debajo las plantas
de María las cabezas;
¿cómo espanto no os provoca
que donde pone los pies
un sacerdote, después
ponga María su boca?
La que es en la gracia una,
la que pisa serafines,
guarneciendo sus chapines,
por ser de plata, la luna;
¿ésa la tierra guarnece
con su boca, que ha pisado
él sacerdotal estado?

Juzgádome ha insuficiente
él temor que en mí se esparce.

Salen don JUAN y don DIEGO

JUAN: ¿Qué Rodrigo Vázquez de Arce
salió en fin por presidente?
DIEGO: Presidente es de Castilla.
JUAN: ¿Que un letrado el mundo mande
cargo que es digno de un grande
de España, la primer silla
un jurista?
DIEGO: Aunque se asombre
de un presidente el poder,
si un ángel no lo ha de ser,
forzoso es el serlo un hombre.

Vanse

CABALLERO: "¡Si un ángel no lo ha de ser
forzoso es el sello un hombre!"
Esto se dice en mi nombre,
alma, dejad de temer.
Bien es que el misterio note
que mi fe vino a animar,
no puede un ángel gozar
el cargo de sacerdote.
Hombre es fuerza que ejercite
tan suprema dignidad,
de nuestra fragilidad
Dios tocarte en pan permite.
Mi poco ánimo condeno,
fe santa, alentadle vos,
que el estar siempre con Dios
me obligará a ser más bueno.
Ayudada su eficacia,
si me da su gracia y fe,
llamarme mejor podré
el Caballero de Gracia.
Ya de sacerdote el nombre
amo, pues llevo a saber,
si un ángel no lo ha de ser,
que es forzoso serlo un hombre.

*Vase. Sale INÉS con mantellina, y
RICOTE*

RICOTE: Inesilla, tu hermosura
es el hechizo español,
y siendo tu cara el sol
no hay contigo noche oscura.
Ella y el diablo me tienta,
tu amor vinoso me abrasa.
Aunque me eche de su casa
mi señor y hagamos cuenta,
tu belleza he de gozar
esta noche a letra vista,
y siendo amor organista,
tus teclas ha de tocar.
Éntrate en este aposento,
recámara de un lacayo,
que en tu abril busca su mayo.

INÉS: En no habiendo casamiento
no aguarde manifiatura.

RICOTE: Ya empiezas a congojarme.
¡Que no pueda yo librarme
de los asaltos de un cura!
Si bebo, un cura bautiza,
o por decirlo mejor,
un tabernero el licor,
con que Noé se autoriza.
Si salir de noche intento
entre su tiniebla oscura,
luego topo con un cura
que va a dar el Sacramento.
Si duermo, un cura soñado
que me descomulgue topo;
si entro en la iglesia, el hisopo
está de un cura agarrado.
Un cura, si no me caso,
impedirme a Inés procura;
en signo nací de cura,
pues los topo á cada paso.
Entre, y no se me rebulla,
que hay si la ven al momento,
sermón y despedimiento
verle en un pie como grulla,
que si vidas apetece
bodas tendremos después.
¿Que te casarás?

INÉS:

RICOTE: Sí, Inés.

INÉS: Júralo una vez.

RICOTE: Y trece;

pero no ha de ser pesada,
que cantará si me hechiza
con Monsieur de la Paliza,
"la bella malmaridada."

Vase INÉS

Esto está como ha de estar,
cuéstemelo que me cueste;
mi amo antes que se acueste
las puertas hace cerrar.
Mas ya está la ganga en casa,
perdone su devoción,
que no es mucho un refregón,
pues si rizna, luego pasa.
Coja yo vuestro cabello,
ocasión, que si la dama
Iglesia después se llama,
yo negativo y a ello.

Salen el CABALLERO de GRACIA y FISBERTO

CABALLERO: Pues los clérigos menores
a la corte a fundar vienen,
y como muebles no tienen,
ni dineros, ni favores,
mil ducados que me ha dado
la Princesa mi señora,
podrán cumplir por agora
mi deseo y su cuidado.
Compren un sitio con ellos,
que hacia el Prado estarán bien,
y mientras labran, estén
en mi casa, que en tenellos,
Fisberto, en mi compañía,
gozaré la bendición
que Dios echó a Obededón.

RICOTE: ¡Un convento cada día!
¿Qué hacienda basta y caudal?
El Carmen fundaste ayer.
No has acabado de hacer
a los pobres hospital
en que después convalezcan,
¿y ya quieres dar posada
a toda una clerigada
en tu casa? Aunque merezcan
todo eso y más, ¿quién te mete,
señor, en tantos extremos,
ni en casa cómo podremos
caber con tanto bonete?

CABALLERO: Pluguiera a Dios que pudiera
como el gusto lo acomoda,

hacer y o una corte toda
de religiosos.

RICOTE: Y hubiera
mucho que ver en Castilla,
pues en fe de aquesa ley,
hubiera de andar el rey
con bonete o con capilla.

CABALLERO: Llevadlos ese dinero,
y mañana a vivir ven gan
a mi casa, donde tengan
hospedaje, que, pues quiero
ser clérigo, en compañía
de los que clérigos son
Menores, su perfección
dará materia a la mía;
ve tú también con Fisberto.

RICOTE: (Mas quedo con mi ocasión,
Ciégamele San Antón,
que si la topa soy muerto.)

Vanse

CABALLERO: Dinero, echándoos de casa
echo de ella al enemigo,
y a la avaricia castigo
mísera, necia y escasa.
Mi Dios, pues sois Rey,
razón, es que en la corte viváis,
y en muchas casas tengáis
religiosa habitación.
¡Ojalá que yo pudiera
en estas ocupaciones
traer cuantas religiones
os sirven, por que viviera
satisfecha la codicia
que alienta mi devoción,
porque las órdenes son
tercios de vuestra milicia.
Sin dineros me he quedado
aun para la costa corta
de mi casa, mas ¿qué importa?
¿Con Dios no los he gastado?
Él nos dará de cenar,
que no es deudor avariento.
Pasos parece que siento.
¿Quién pudo adentro quedar,
si Ricote fuera está
y en su compañía sola
vine? ¿Quién puede ser? ¡Hola!

¿Quién anda ahí? Salga acá.

Sale INÉS

INÉS: Ya salen, ¡válenos Dios!
CABALLERO: ¿Qué es esto?
INÉS: Una mujer es
que no es nadie.
CABALLERO: ¿Quién?
INÉS: Inés.
CABALLERO: Pues ¿qué, buscáis aquí vos?
INÉS: Buscaba a mi matrimonio,
que es Ricote.
CABALLERO: ¿Para qué
le buscáis vos?
INÉS: Ya lo ve;
engañónos el demonio.
CABALLERO: ¿Pues está con vos casado?
INÉS: No, señor; pero podía.
CABALLERO: ¿Hay tan gran bellaquería?
INÉS: Trátele bien, que es honrado.
CABALLERO: ¡Jesús! ¿Deshonestidades
en mi casa?

Sale LAMBERTO

LAMBERTO: ¿Qué es aquesto?
CABALLERO: Oh Lamberto, deshonesto
Ricote...
INÉS: Hablando verdades,
no ha habido hasta agora nada.
LAMBERTO: Pues ¿qué es lo que había de haber?
CABALLERO: Llevadme aquesta mujer,
a la galera.
INÉS: ¡Ay cuitada!
CABALLERO: Llevadla.
INÉS: ¿Yo galeota?
¡Señor, duélante mis quejas,
que diz que rapan las cejas,
y allí una cómitra azota
hasta que se cansa!
CABALLERO: Así
no ofenderéis a Dios más.
INÉS: Si agora perdón me das,
yo os prometo desde aquí
ser un ánima de Dios,
una santa Catalina.
CABALLERO: Lamberto, haced que Sabin a

la tenga encerrada, y vos
cuidad también de guardarla
hasta que busquemos medio
con que la demos remedio.
INÉS: ¿Encerrarme? Más matarla.
CABALLERO: ¿Casaréisos?
INÉS: Eso sí.
CABALLERO: Pues sed vos mujer de bien,
que yo haré que dote os den.
Ea, llevadla.
LAMBERTO: Vení.
INÉS: El verá qué bien apruebo
como casamientos haya.
CABALLERO: Tened cuenta no se os vaya.
LAMBERTO: A casa, hermano, la llevo.

Vanse

CABALLERO: Que tenía en opinión
yo a Ricote de virtuoso,
mas siempre es dificultoso
conocer un corazón.
Ya os entiendo, torpe vicio,
que, como entrada no halláis
en mi casa, os contentáis
con el más frágil resquicio
de un criado, que el castillo
de más defensa y poder
tal vez se suele perder
por el más flaco portillo.
Sin luz quiero aquí esperarle,
que no acabo de creer
sino que aquesta mujer
entró aquí para engañarle;
sabré a obscuras lo que pasa
cuando la vuelva a buscar,
y un instante no ha de estar
si es que la trujo a mi casa,
que de la torpeza ciega
rehuso la vecindad,
y la deshonestidad
es contagio que se pega.

Sale RICOTE

RICOTE: De la mitad del camino
vuelve el temor mis pies,
recelando que mi Inés

tope mi medio Teatino.
Cerrado en su sala está,
porque a la quietud se inclina,
y si no se disciplina,
o contempla o rezará.
Aquí mi virtud quedó,
el diablo me precipita.
¿Inés, oyes, Inesita,
amores, si se durmió?

CABALLERO: (¿Hay tal cosa, que en travieso
hay a dado aqueste loco?)

RICOTE: Basta ya la burla un poco.
Inés, aquí está tu hueso.

CABALLERO: (¡Jesús, qué hombre tan perdido!)

RICOTE: ¿Inés, fregoncilla mía?
Yo soy; el diablo sería,
Inés, que te hubieses ido.
Ya está mi amo santurrón,
o rezando, o acostado,
mira que estoy rematado;
háblame, mi corazón.
O está durmiendo o se fue,
voy por luz para saberlo.

Vase

CABALLERO: No lo creyera a no verlo.
¡Cielos, que en mi casa esté
hombre de tales costumbres!
Despediréle al momento.

Sale RICOTE con una luz

RICOTE: Mucho, Inés, tus burlas siento;
basten ya las pesadumbres;
háblame, ¡cuerpo de Cristo!
que no hay temer embarazos;
fregon a, dadme esos brazos.
¡Ay, Jesús! ¿Qué es lo que he visto?
¡En las brasas hemos dado!
¡Oh quién no hubiera nacido!

CABALLERO: ¿Qué buscáis aquí?

RICOTE: He perdido,
porque el rosario he quebrado,
unas cuentas por aquí,
y traje luz para alzarlas.

CABALLERO: Cuentas, que mal podréis darlas
de vos.

labra de la justicia los pechos
la conducta que pedí,
y para salir de aquí
y pagar los gastos hechos,
fuera de la cantidad
que me distes, y vos debo,
culpado, si veis que me atrevo,
mi muda necesidad,
otros doscientos ducados.
Si me los dais, entended
que excusáis con tal merced
atrevimientos soldados;
que, con algún desatino
haré, negándolo vos,
cosa en ofensa de Dios
que remedien mi camino.

CABALLERO: Huélgome que despachado
de Madrid salga tan bien,
y que en Nápoles le den
premios de tan buen soldado;
pero vuesa merced viene
en coyuntura terrible.
Por agora es imposible
socorrelle, que no tiene
esta casa un solo real;
pero procure volver
mañana, que podría ser
acudirle.

CAPITÁN: ¡Pesia a tal!
a mañana, y con "podría"
me remite. ¡Juro a Dios!
Que he de salir a las dos
de la noche.

CABALLERO: Por un día
no es mucho que se detenga.

CAPITÁN: ¡Voto a Dios! Que aunque procure
hurtarlo...

CABALLERO: Paso, no jure.

CAPITÁN: Pues no me diga que venga
tantas veces, que un hidalgo
de mis prendas y valor
suele...

CABALLERO: Dígame, señor:
¿por dicha débole algo?

CAPITÁN: Débeme mucho si mide
el empacho que me mueve,
porque al noble se le debe
lo que con vergüenza pide.
Mas no importa, que escalando
un par de casas tendré

con que pagar, y me iré
 de hipócritas murmurando.
 ¡Voto a Cristo, que quien ruega
 a quien guerras nunca ha visto!
 CABALLERO: Pues ¿qué culpa tiene Cristo
 de lo que un hombre le niega?
 CAPITÁN: Es costumbre envejecida.
 CABALLERO: Prométame no jurar
 por su vida, y le haré dar
 lo que pide.
 CAPITÁN: ¿Por mi vida?
 ¿Es censo? Aqueso sería
 morirme yo.
 CABALLERO: ¿Y por un año?
 CAPITÁN: Es un siglo.
 CABALLERO: ¡Vicio extraño!
 ¿Un mes?
 CAPITÁN: Tampoco.
 CABALLERO: ¿Y un día?
 CAPITÁN: Por un día, aunque es tormento,
 vaya, y o lo cumpliré.
 CABALLERO: ¡Jurará!
 CAPITÁN: No juraré;
 ¡por el Santo Sacramento!
 CABALLERO: ¿Pues jura?
 CAPITÁN: Esto es despedirme
 del juramento postrero.
 CABALLERO: Vuelva peor ese dinero
 luego.
 CAPITÁN: Tengo de partirme
 esta noche.
 CABALLERO: Haré empeñar
 cuanto tengo.
 CAPITÁN: Voy seguro;
 mas ¡voto...!
 CABALLERO: ¿Jura?
 CAPITÁN: No juro.
 (¡Voto á Dios que iba a votar!)

Vase

CABALLERO: No sé cómo cumplir pueda
 lo que tengo prometido
 a este soldado afligido
 el corto plazo que queda.
 Dentro de un hora vendrá
 por los docientos ducados,
 y por excusar pecados,
 ¿qué no hallándolos hará?

Por muerte de Sixto Quinto
todo el Colegio Romano
le adora por vice Dios.
CABALLERO: ¡Gracias a los cielos santos!
LAMBERTO: El cardenal, mi señor,
su sobrino, ha perdonado
mis travesuras.
SABINA: Y libre
a vuestra instancia, Conrado,
volviéndole a recibir
en su servicio y amparo,
también reduce a Lamberto,
y su hacienda y mayorazgo
le restituye y perdona,
por lo que debemos daros
las gracias mi hermano y yo.
CABALLERO: Dadme en albricias los brazos.
LAMBERTO: Partirémonos a Roma al punto.
CABALLERO: A la iglesia vamos
a darle el pláceme a Dios,
de su divino vicario,
que yo, después que en mi casa
seguro hospicio haya dado
a los clérigos menores
de virtud espejos claros,
pienso partirme a Toledo
a ordenarme de orden santo,
por que siendo sacerdote
tome el cielo con las manos.

*Sale RICOTE de clérigo menor con un gran
bonete*

RICOTE: Del ocio y mundo repudio;
no más chanzas y barrancos,
adiós, Inés fugitiva,
ya renuncio tu estropajo.
FISBERTO: Ricote: ¿qué traje es éste?
RICOTE: Éste es un traje esquinado
con cuernos que no deshonoran;
¿no me ven embonetado?
Pues por mí dicen que dijo
nuestro refrán castellano
lo de "a come de bonete."
CABALLERO: Huélgome que reformado
estéis de vida y costumbres.
RICOTE: Padre Ricote me llamo.
CABALLERO: Vamos a ver la princesa,
que no poco se habrá holgado

con la elección acertada
de su santidad.

LAMBERTO:

Es tanto
lo que de este caballero
hay que decir, que lo guardo
para la segunda parte,
por lo que habéis estimado
al Caballero de Gracia
en Madrid sus cortesanos.